

El Comunicado

DE LA IGLESIA DE DIOS UNIVERSAL

**¿QUE
SE ESPERA
DE UNA
CRISTIANA?**

Véase la página 6.



En esta edición:

-
- 3 La sanidad divina, cuarta parte
¿Qué es la fe?
-
- 6 El enfoque bíblico sobre la mujer
-
- 10 Iglesia en acción
-
- 12 ¿Qué le ha ocurrido al cristianismo básico?
-
- 15 Relatos de la Biblia
-
- 19 ¡Usted puede dominar su lengua!
-

La Portada: La liberación de la mujer viene con el estudio cristiano.

El Comunicado

Volumen 4, Número 4

Abril 1979

El Comunicado es publicado por la Iglesia de Dios Universal, Apartado 111, Pasadena, California 91123, EE.UU.

Presidente y Pastor General: Herbert W. Armstrong

Director de la Obra Hispana: Walter M. Dickinson

Redacción: L. H. White

Director de Arte: Tomás H. Williams

Fotografía: K. David Speaks

Colaboradores: Luciano Baltomeo, Cathy Howarth, Donald Walls.

Dirija su correspondencia a la dirección más cercana:

Apartado Postal 111, Pasadena, California 91123 EE.UU.

Apartado Postal 5-595, México 5, D.F., México

Apartado Aéreo 11430, Bogotá 1, D.E., Colombia

Apartado Postal 1145, La Coruña, España

G.P.O. Box 6063, San Juan, Puerto Rico, 00936

© Worldwide Church of God 1979
Impreso en EE.UU.

¿QUE ES LA FE?

¿Por qué todo el mundo no tiene la fe necesaria para ser curado? Son muy pocos los que saben lo que es la fe y cómo hay que recibirla. Este artículo le dará una sencilla explicación de cómo podemos tener fe, y la manera de aumentarla.

por Herbert W. Armstrong

¡PODEMOS ser curados! Jesús así lo dijo. Pero también agregó: "... conforme a vuestra fe os sea hecho" (Mateo 9:29).

En primer lugar, ¿está usted seguro de saber lo que es la fe? Muy pocas personas lo saben. Sin embargo, sin fe es imposible agradar a Dios "porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay y que es galardoador de los que le buscan" (Hebreos 11:6).

Refiriéndose a esta segunda mitad del siglo XX, Jesús dijo: "... cuando el Hijo del Hombre venga a la tierra, ¿encontrará fe?" (Lucas 18:8). No obstante, es imprescindible que tengamos fe si queremos ser salvos.

¿Y cómo es que podemos tenerla? No podemos desarrollarla en forma artificial y, si ni siquiera tenemos la fe necesaria para ser curados, ¿cómo vamos a tener la fe necesaria para ser salvados? Porque Dios dijo: "Por la gracia seréis salvos, a través de la fe..." (Efesios 2:8).

Jesucristo previó la casi total carencia de fe en nuestros tiempos. Hoy en día, son muy pocos los que saben lo que es la fe o por qué es que no la tienen.

El mundo ha perdido casi totalmente la fe. No es de extrañar que sean tan pocos los que la tienen. No es de extrañar que sean tantos los que digan "mi fe no es muy fuerte" o "me parece muy difícil tener fe". Los hombres de hoy no saben lo que es la fe ni por qué no la tienen. Sin embargo, sin la fe nadie puede ser salvo.

Jesús tuvo fe. Cuando Jesucristo habitó en esta Tierra, en carne humana, tenía fe. A pesar de ello, en una ocasión

dijo explícitamente: "Por mí mismo, nada puedo hacer".

Son muy pocos los que se dan cuenta de que todo lo que Cristo hizo — los milagros que realizó — no fue hecho en virtud de ningún poder sobrenatural que Cristo tuviera por sí mismo. Todo lo que El hizo, todos los milagros que hizo, fueron hechos literalmente a través de la fe, con lo que Cristo nos dio un hermosísimo ejemplo.

¿Cómo fue entonces que Cristo realizó sus milagros? ¿Cómo fue que llevó a cabo su obra extraordinaria?

"... El Padre, que mora en mí," explicó Jesús, "él hace las obras" (Juan 14:10).

Sí, porque Cristo estaba lleno del Santo Espíritu de Dios, igual que usted y yo podemos estarlo. Es decir, estaba lleno del poder sobrenatural y dinámico de Dios. Este poder del Sumo Creador estaba literalmente en Jesús, y el mismo idéntico poder de Dios puede estar hoy en nosotros.

Todos los apóstoles y evangelistas de la verdadera Iglesia del siglo I realizaron milagros, e inclusive milagros mayores que los que el mismo Jesús había hecho. La mera sombra del cuerpo de Pedro, al pasar por encima de los enfermos, podía curar a éstos.

Pedro, Esteban, Felipe, Pablo — todos ellos hombres comunes y humildes — tuvieron el poder idéntico al que Cristo tuvo, porque ellos vivieron y actuaron muy cerca de Dios y fueron llenos del Espíritu Santo.

Pero parece que, hoy en día, ese poder nos falta a nosotros. Y no es porque Dios nos lo niegue, sino porque vivimos apegados al mundo moderno materia-

lista. Nuestras mentes están llenas de intereses materiales, relacionados con esta vida temporal. Nuestras mentes y nuestros corazones están muy lejos de Dios. Hemos perdido el contacto con El, porque no hemos querido dedicar suficiente tiempo al estudio de su Palabra. Y tampoco dedicamos tiempo a la oración verdaderamente apropiada, que es una oración de entrega y obediencia al Creador, de aceptación de su voluntad. En consecuencia, no estamos llenos del Espíritu Santo.

Por tanto, vamos a plantearnos dos preguntas: primero, ¿qué es la fe? y, en segundo lugar, ¿cómo es que podemos tenerla y aumentarla en nosotros?

Lo que es la fe. Notemos que la fe es la *substancia* de las cosas que esperamos (Hebreos 11:1). La fe, por consiguiente, viene *antes* que la posesión.

Una vez que ya hemos recibido la posesión de algo, ya no seguimos esperando por aquello. Pero, antes de recibirlo, ya tenemos en substancia lo que esperamos, y la seguridad de que llegaremos a poseerlo. Esto es la fe.

Por tanto, la fe es la evidencia de las cosas no vistas. La fe *precede* a la recepción de aquello que esperamos. Y la fe es la evidencia o seguridad de que tendremos aquello que pedimos, aun antes de haberlo visto. Repito: la fe es la evidencia de las cosas no vistas todavía. Usted no tiene aquello que espera, no lo ha visto ni lo ha palpado. Sin embargo, la fe es la evidencia o seguridad de que llegará a alcanzarlo. La fe es la certeza de que vamos a recibir aquello que esperamos.

La prueba del milagro. Quiero que se fije en que cuando usted espera algo de

Dios, o le pide algo a Dios, ya hay una evidencia o prueba de que efectivamente va a obtenerlo. Porque, tratándose de Dios, su promesa y su palabra ya constituyen una prueba, una certeza de que usted realmente recibirá lo que ha pedido. La prueba *no* es la recepción de la respuesta a las peticiones que usted hace.

Supongamos, por ejemplo, que usted se enferma. Jesús constantemente sanaba a los enfermos. Y El dijo que las obras que El realizaba — y las curaciones milagrosas eran parte de esas obras — debían ser imitadas y repetidas por nosotros. Supongamos que usted pide a Dios que lo sane. Usted, naturalmente, quiere tener alguna evidencia o prueba de que efectivamente va a ser sanado.

¿Qué prueba o evidencia será ésa? ¿Acaso la cesación de sus dolores, la desaparición de sus inflamaciones o algún otro proceso material que usted pueda ver y sentir? Conoció a un hombre que decía: “Cuando vea a alguien que ha sido sanado por la oración directa, entonces creeré”. Este hombre decía que él quería creer, que él deseaba tener fe en el poder de la oración. Por tanto, estaba buscando una evidencia *visible*, y murió sin haberla encontrado nunca.

Y es que lo que nosotros vemos, palpamos o sentimos, *no* es la verdadera evidencia. Tener lo que esperamos, ver lo que esperamos, no es fe. La fe precede a la posesión, porque la fe es confianza y seguridad de que llegaremos a poseer aquello que pedimos.

La mente humana, naturalmente, puede recibir el conocimiento solamente a través de los cinco sentidos. Estos son los únicos canales capaces de transmitir el conocimiento al cerebro humano.

Pero la fe es espiritual. La fe no es el conocimiento adquirido por los sentidos. La fe tiene una naturaleza espiritual, y nada tiene que ver con los cinco sentidos físicos.

La oración tiene una naturaleza espiritual. Dios es *espíritu*. Cuando, por ejemplo, le pedimos que nos cure, ya tenemos la evidencia — la prueba positiva — de que la curación se realizará. Pero esa evidencia no es algo que podamos ver, sentir u oír. No es una evidencia de carácter físico, sino la prueba espiritual de la fe. La fe, en sí misma, es nuestra confirmación.

Veamos cómo es que nuestra naturaleza humana ha oscurecido toda esta cuestión, llevándonos al engaño. Dios nos dijo, en el capítulo 15 del Exodo, que El es nuestro “Sanador”. Este es uno de los nombres de Dios. Dios envió a su Hijo a este mundo para ser azota-

do y sufrir la penalidad por nuestras transgresiones de las leyes de la naturaleza, leyes que Dios dictó para nuestro propio beneficio. Cristo fue torturado por nosotros y, por sus sufrimientos es que nosotros somos sanados. Dios nos dio su palabra de que su voluntad es la de curarnos. Prometió que nos curaría, pero también introdujo una condición en este contrato: “Conforme a vuestra fe os sea hecho”.

Y la fe es nuestra evidencia o seguridad de que Dios cumplirá lo prometido. No podemos ver la fe, ni podemos palparla. Las cosas que vemos y palpamos nada tienen que ver con la fe. Pero Satanás, aprovechándose de los puntos débiles de nuestra naturaleza humana, quiere que nos olvidemos de algo esencial: Dios no prometió cuándo o cómo nos sanaría.

La lección de la paciencia. El propósito de Dios, en lo que concierne a nuestra vida, es transformarnos de lo

La fe es la confianza en que Dios hará aquello que todavía no ha hecho.

que somos, hasta convertirnos en la mismísima imagen de su Hijo, y en el verdadero carácter de Dios mismo. Y parte de ese carácter es el aprendizaje de la paciencia. En Santiago 1:3, Dios nos insta a recordar que “la prueba de la fe produce paciencia”. Dios nos ha revelado, en ése y otros fragmentos bíblicos, que algunas veces El demorará nuestra curación para así probar nuestra fe y enseñarnos a tener paciencia. Dios ha prometido que nuestra curación tendrá lugar de acuerdo con nuestra fe.

La fe es la confianza en que Dios hará aquello que todavía no ha hecho. Después de la curación, ya no es necesario continuar ejercitando la fe. La fe es algo que debemos ejercitar mientras no se nos da aquello que pedimos. Lo mismo ocurre con la salvación espiritual. Todavía no estamos en el Reino de Dios, pero aquellos que estamos en Cristo tenemos la seguridad — la fe — de que algún día estaremos en ese Reino. Después de que Dios nos haya sanado, ya no necesitaremos tener fe en que seremos curados. Pero, mientras no sea así, nuestra fe debe permanecer

firme, constante y paciente, independientemente de cuánto veamos o sintamos, hasta que llegue el momento en que Dios nos cumpla lo prometido.

Nuestra naturaleza humana, dominada por Satanás, quiere hacernos creer que la fe es algo que ejercitamos por espacio de 30 segundos, mientras estamos orando. Y, si Dios no nos cumple lo prometido con la prontitud que deseamos, pensamos que Dios es culpable de habernos mentido. En ese instante, estamos cediendo a la influencia del diablo sobre nuestra naturaleza humana, llegando a la conclusión de que Dios no cumple lo que promete, solamente porque no ha hecho lo que nosotros queríamos *cuando* nosotros lo deseamos. Y, en el mismo momento en que acusamos a Dios de mentiroso, ya hemos perdido toda la fe en El. Nosotros, pues, somos los que estamos rompiendo nuestra parte del contrato: la cláusula que nos obliga a tener fe, y a mantener esa fe, confiando en Dios, hasta que llegue el momento del cumplimiento de sus promesas.

La simple confianza en Dios. La fe no es más que la simple confianza en la Palabra de Dios. Es la evidencia de aquello que no vemos ni palpamos. Por consiguiente, Cristo nos insta a tener paciencia — a seguir confiando en Dios, hasta que El nos sane, y entonces lo hará. Nuestro veredicto debe basarse en la evidencia.

¿Cuáles son las pruebas y evidencias que usted actualmente cree? ¿Lo que ve y palpa — la evidencia física que a menudo es engañosa — o su fe en que la Palabra de Dios es verdadera y que sus promesas son ciertas, que es imposible para Dios mentir?

Si usted cree esta evidencia *espiritual* y rechaza la prueba física de sus sentidos, usted está proclamando que cree en la Palabra de Dios. Está proclamando su creencia en que usted será, en algún momento futuro, liberado de sus enfermedades y males, sin basarse para ello en la evidencia física, simplemente porque Dios lo prometió así, y usted sabe que El cumplirá lo prometido.

En cambio, si usted decide que las evidencias físicas deben tener supremacía sobre la Palabra del Dios todopoderoso, si rechaza esa Palabra y esas promesas, entonces está rechazando la fe y la responsabilidad de que su curación no se cumpla será exclusivamente suya, no de Dios. Recordemos que Dios no ha prometido curarnos incondicionalmente. Ha prometido curarnos *si tenemos fe*. Y recordemos también que la fe debe preceder a la posesión u obtención de lo que hemos pedido.

Hubo un hombre que dio una defini-

ción muy acertada de la fe: "La fe es la seguridad de que las cosas dichas por Dios son verdaderas, y la seguridad de que Dios actuará conforme a lo que ha prometido. Esta seguridad, esta confianza en la Palabra de Dios, es la fe." Y ésta es la verdadera definición bíblica de la fe. Nuestra obra — la Obra de Dios — ha sido edificada a través del ejercicio de esta clase de verdadera fe.

Aprendiendo a conocer la voluntad divina. Pablo dijo: "... no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad de Dios" (Efesios 5:17). Recordemos siempre que, sea lo que fuera aquello que necesitamos, lo primero que tenemos que hacer, para asegurarnos de que nuestra oración tendrá respuesta, es estudiar las Escrituras para determinar si aquello que pedimos coincide o no con la voluntad de Dios (Efesios 5:17; 2 Timoteo 3:14-17).

La Biblia nos revela la voluntad de Dios. Nunca debemos decir: "Bueno, yo sé que Dios podría curarme si El quisiera hacerlo". No tenemos que tener esas dudas acerca de la voluntad divina. Todos podemos *conocer* cuál es la voluntad de Dios. Y, en lo que específicamente se refiere a las curaciones, yo puedo decirles, muy definitivamente, que Dios clara y explícitamente dijo que Su voluntad es la de curarnos. La Biblia está llena de promesas. Si necesitamos algo, estudiemos la Biblia para ver si se trata de algo prometido por Dios. Y, si es así, recordemos que Dios no puede romper sus promesas.

Reclamando el cumplimiento de una promesa. Recuerdo una vez, hace muchos años, que mis dos hijos vinieron a pedirme que los complaciera en algo que querían. No recuerdo exactamente de qué se trataba, pero sí sé que mis hijos tenían aproximadamente 7 y 9 años de edad. Recuerdo también que se trababa de algo que yo no tenía deseos de hacer.

"Pero, papá, tu lo prometiste", me dijeron, "y tienes que cumplir tu promesa".

Y entonces recordé que, efectivamente, yo les había prometido aquello. Yo no podía faltar a la palabra que les había dado a mis hijos. Y Dios tampoco puede faltar a la palabra que ha empeñado con nosotros. Con esa misma audacia infantil que mis hijos tuvieron para recordarme mi promesa, nosotros podemos recordarle a Dios las suyas, y entonces relajarnos, aliviar nuestras tensiones, despreocuparnos de lo que nos angustia y dejar que El actúe. El lo hará a su debido tiempo. No lo dudemos ni por un instante.

Les hablo por experiencia propia. Esto que les estoy predicando ahora,

yo lo he puesto en práctica no una, sino millares de veces y, hasta el momento, Dios no me ha incumplido una sola promesa.

Recordemos también que Dios ha prometido satisfacer todas nuestras necesidades, si primero buscamos su Reino y su justicia. El entonces se encargará de satisfacer nuestras necesidades materiales (Mateo 6:33).

La Obra es un ejemplo vivo de la fe. Esta misma Obra que dirigimos no es más que una respuesta directa a la oración. La Obra de la Iglesia de Dios Universal — que incluye nuestras transmisiones radiales, nuestras publicaciones y nuestro centro universitario —, Obra cuyo alcance e influencia se han extendido internacionalmente, tuvo unos orígenes sumamente modestos y limitados.

Lo que hemos alcanzado desde el inicio mismo ha sido, en un 100%, el resultado de la fe, y ésa fue una lección que tuvimos que aprender desde el principio, aun antes de comenzar nuestro trabajo.

¿Por qué la gente no tiene fe? Examinemos ahora brevemente por qué no tenemos fe, cómo podemos conseguirla, y cómo podemos aumentarla. Hay muchos que dicen: "La oración no me inspira nada. No tengo la menor convicción de que alcanzaré lo que pido".

Estas personas quieren estimular en sí mismas cierta clase de convicción emocional y sentir cierta seguridad, para poder entonces empezar a creer en que obtendrán la respuesta que buscan. ¡Pero eso no es fe! ¡Eso es puro sentimentalismo!

Nuestros sentimientos, nuestras convicciones y nuestras impresiones no tienen absolutamente nada que ver con la fe.

La fe tiene que ver solamente con aquello que está contenido en la Palabra de Dios. La única pregunta que tenemos que plantearnos es ésta: *¿Ha prometido Dios eso en la Biblia?* Si lo ha prometido, entonces no tenemos ya que pensar más en sentimientos, convicciones, impresiones personales, posibilidades o probabilidades. Todas estas cosas son totalmente ajenas a la cuestión. Dios tiene millares de maneras de cumplir lo prometido, sobre las cuales nosotros nada sabemos. Nosotros no necesitamos saber cómo ni cuándo Dios va a cumplir sus promesas.

Y hay otra cosa fundamental que no podemos olvidar: Dios no va a cumplir sus promesas a nuestro modo. Por tanto, no se plantee nunca el problema de cómo va Dios a poder concedernos tal o cual cosa. Eso no nos incumbe. Recor-

demos que estamos confiando en un poder sobrenatural. Creamos en ese poder. Dios obra en formas que a menudo nos parecen misteriosas. El cumplirá todo cuanto ha prometido, pero lo hará a su modo y en el momento en que lo estime mejor. Dejemos todo esto en sus manos y confiemos en El. Creamos en su Palabra.

El don de Dios. Recordemos también que la fe es un don de Dios. Hay muchos que creen que todo lo demás que viene de Dios es, en efecto, un don que El nos otorga, pero que la fe es algo que nosotros tenemos que desarrollar por nuestra propia cuenta, luchando por alcanzarla. Sin embargo, no hay tal cosa. Sólo tenemos que confiar tranquilamente en Dios para que El nos dé también esa fe, mediante la cual podremos recibir todo lo demás (Efesios 2:8).

En Apocalipsis 14:12, nos encontramos con una descripción de la verdadera Iglesia de esta época. Los que están dentro de esta Iglesia tienen la fe de Cristo. Notemos bien que no se trata de nuestra fe, sino de la de Jesús — esa misma fe por la cual El hizo sus milagros — depositada en nosotros y actuando en nosotros.

¿Cómo se consigue esa fe? Pues acercándonos a Dios y tratando de conocerle, sometiéndonos sin reservas a El y aceptando su voluntad. Y orando. A Cristo tenemos que conocerle en la plegaria. El problema estriba en que estamos demasiado apegados a las cosas materiales. Oración, mucha oración: ésa es la fórmula para acercarnos a Dios y a las cosas espirituales. ¡Y qué feliz y hermosa experiencia es ésa, cuando ya la hemos conocido!

La fe requerida para la salvación. Ningún tema concerniente a la salvación cristiana es, por regla general, tan mal comprendido como el de la fe que salva.

"Creed en el Señor Jesucristo y seréis salvos" es la enseñanza popular entre los cristianos protestantes. Esa declaración es absolutamente cierta, si comprendemos de qué clase de creencia se trata.

Pero, desafortunadamente, hay millones de hombres que están siendo engañados, están siendo llevados a confiar en una clase de fe que nunca salvará a nadie.

Con relación a este tema acostumbramos citar las Escrituras en forma fragmentaria, seleccionando sólo ciertos pasajes e inyectándoles una falsa significación. Así, mediante medias-verdades muy sutiles, la mayor parte de la cristiandad ha sido llevada al engaño y a la ceguera espiritual.

(Continúa en la página 22)

El enfoque bíblico sobre la mujer

EN CUANTO a la Biblia se refiere, las mujeres han habitado la Tierra casi por el mismo espacio de tiempo que los hombres. Por lo tanto, es importante estar bien enterado de lo que las Sagradas Escrituras tienen que decir sobre el sexo femenino. ¿Es acaso cierto que la Palabra de Dios subestima las capacidades de las mujeres para desempeñar un importante papel en la vida, como algunas personas suelen creer? ¿Quiere Dios que sean consideradas como seres inferiores? ¿Cuál es la actitud del Sumo Creador hacia ellas, según lo dicho en su Palabra escrita? ¿Cómo deben las mujeres, a la luz de las Sagradas Escrituras, calificarse a sí mismas y al propósito por el cual fueron creadas?

Una breve historia bíblica. Tal y como lo declaró Cristo en el capítulo 19 de Mateo, Dios originalmente intentó que el marido y su mujer fueran “una sola carne”. El hombre dejaría a su padre y madre, y se uniría a su mujer. No debía divorciarse de ella, o repudiarla, o tomar más de una esposa. Pero desgraciadamente, eran pocos los que vivían fielmente por este principio. La poligamia se encuentra ya registrada en Génesis 4:19 — el primer libro de la Biblia. Para la época de Moisés, la poligamia era legalmente reconocida, con leyes que regían cómo el hombre debía tratar a sus diversas esposas (Deuteronomio 21:15-17).

Bajo las leyes de la antigua Israel, era obvio que se consideraba a las mujeres como seres inferiores a sus esposos. Sin embargo, bajo el sistema mosaico y levítico, y más tarde en el judaísmo, las mujeres se encontraban en una posición aventajada en comparación a sus contrapartes en la mayoría de las naciones vecinas. Eran honradas como madres (Exodo 20:12), y tenían que ser temidas y obedecidas por sus hijos (Levítico 19:3; Deuteronomio 21:18-19). La madre era una figura grandemente respetada; muchas veces ayudaba a escoger el nombre de los niños y era responsable en muchos casos por la educación inicial de los mismos (1 Samuel 1:20-28).

A las mujeres israelitas se les permitía asistir a los servicios religiosos y hasta podían ofrecer sacrificios (Levítico 12:1-5). Quizás sea sorprendente saber que tanto la mujer como el hombre podía tomar un voto de nazareo para dedicarse al Eterno (léase Números 6:2).

Las mujeres demandan sus derechos. Bajo las leyes dadas a Moisés gobernando las herencias, solamente los herederos masculinos podían heredar la tierra de los padres. Por consiguiente, si un hombre no tenía hijos, su

tierra acostumbraba pasar a manos del pariente más cercano del género masculino. Fue durante esa época que un hombre llamado Zelofehad que sólo tenía hijas murió. Pero esas hijas protestaron a Moisés por lo que ellas consideraban ser una ley injusta (Números 27:1-4). Moisés tomó el caso a Dios, quien hizo la siguiente decisión: “*Bien dicen las hijas de Zelofehad; les darás la posesión de una heredad entre los hermanos de su padre, y traspasarás la heredad de su padre a ellas*” (vs. 7).

Debido a la iniciativa de estas mujeres, Dios agregó la legislación que sigue: “*Cuando alguno muriere sin hijos, traspasaréis su herencia a su hija. Si no tuviere hija, daréis su herencia a sus hermanos; y si no tuviere hermanos, daréis su herencia a los hermanos de su padre. Y si su padre no tuviere hermanos, daréis su herencia a su pariente más cercano de su linaje...*” (vs. 8-11).

Un buen ejemplo de una mujer que ocupa un papel importante en la historia del Antiguo Testamento fue Ester, la cual evitó la destrucción de toda una nación de seres humanos que de lo contrario hubieran sido exterminados. Dios dedicó un libro entero de la Biblia a ella y al papel que desempeñó en la historia — el libro de Ester. Toda mujer debe hacer un estudio cuidadoso de dicho libro, ya que nos es imposible hacerlo en este artículo.

Como usted quizás recuerde, el rey Asuero deseaba contraer matrimonio con la más hermosa mujer de su reino. Existía una conspiración contra los judíos en ese entonces y Dios usó la belleza de Ester — como también la inspiradora actitud que le daba el toque de la *auténtica* belleza — para salvar a su pueblo.

El enfoque neotestamentario. Cuando Jesucristo estuvo en la Tierra, contrario a las ideas del establecimiento judío de su época, El enseñó que “juicio, misericordia y fe” eran mucho más importantes que los ritos insignificantes de los fariseos. Algunos de sus actos eran extremistas comparados a la aceptada práctica de esos tiempos y aquella sociedad. Por ejemplo, en el Evangelio de Juan, capítulo cuatro, leemos de una conversación que Jesús sostuvo con una samaritana. Cuando sus discípulos notaron esto, “se quedaron extrañados de que hablase con una mujer, aunque ninguno se atrevió a preguntarle... por qué hablaba con ella” (vs. 27; versión *Nueva Biblia Española*).

Los discípulos se sorprendieron enormemente — no sencillamente porque Jesús hablaba con una samaritana, sino porque conversaba con una mu-

jer. Para poder comprender su reacción de sorpresa, debemos darnos cuenta de que según la costumbre de aquellos tiempos, se consideraba vergonzoso o deshonoroso para un rabí o maestro hablarle a una mujer en público. De hecho, la mayoría de los rabinos ni siquiera les hablaban a sus propias esposas en público. Se disminuía la reputación pública del hombre si las estimaban dignas de conversar con ellas. Es por este motivo que la conducta heterodoxa de Jesús sorprendió a los discípulos. Pero, siendo quien era, y por tenerle un respeto reverencial, ninguno se atrevió a interrogarlo o criticar sus hechos.

Las lecciones de María y Marta. En Lucas 10:39-42 encontramos un breve relato de la visita de Jesús a María y Marta, las hermanas de Lázaro. Marta lo recibió en su casa y se ocupaba en servir, mientras que María, "sentándose a los pies del Señor" (una expresión que tenía el significado de un estudiante aprendiendo de un maestro), "oía su palabra". Esto enojó muchísimo a Marta, ya que se encontraba distraída con mucho servir. Así es que vino a Jesús y finalmente se quejó, pidiéndole que le dijera a su hermana que se ocupara de los quehaceres femeninos. "Señor", le dijo, "¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude" (vs. 40).

Por supuesto, en la sociedad judía, le tocaba como mujer servir, ser hospitalaria y ocuparse en preparar la comida. Era al hombre a quien le correspondía sentarse, comer y discutir asuntos espirituales. Esta era la mismísima costumbre de muchos siglos antes, cuando los mensajeros angélicos fueron a ver a Abraham (Génesis 18). Sara se mantenía apartada, haciendo panes cocidos y preparando la comida, mientras que Abraham hablaba con estos "hombres" sobre cuestiones espirituales.

Sin embargo, María, contrariamente a lo establecido y aceptado, se sentó entre los discípulos como estudiante para escuchar las enseñanzas de Jesús. ¿De qué modo calificó Jesús esta situación? El le respondió a su preocupada hermana: "Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada" (vs. 41-42).

No es que Jesús creía que servir era innecesario, puesto que alguien tenía que hacerlo, y debemos admirar a Marta por su diligencia. No obstante, Jesús estaba haciendo énfasis en que el papel de las mujeres abarca mucho más que deberes físicos. Las mujeres, junto con los hombres, deben aprender sobre la "una cosa" que "es necesaria".

Cristo era del parecer que las mujeres debían hacer caso a las divinas palabras de Dios y estar tan interesadas como los hombres en las cuestiones espirituales.

Nuevamente, se trataba de algo revolucionario; la mayoría de los rabinos preferían que las mujeres se quedaran en la cocina preparando la comida, dejando a los hombres a discutir solos entre ellos los temas espirituales. ¡Pero, no era así con Jesús!

Mujeres fieles. La actitud tan excepcional de respeto que Cristo manifestó por la dignidad de todo ser humano le atrajo un buen número de seguidoras. Mientras que "todos los discípulos, dejándole, huyeron" (Marcos 14:50), estas fieles mujeres siguieron a Jesús hasta el último momento de su vida — hasta su muerte en la cruz (Mateo 27:55-56; Juan 19:25-26).

El primer día de la semana, después de que habían reposado durante el Sábado, fueron nuevamente las mujeres quienes visitaron el sepulcro muy de mañana para llevar especias aromáticas que habían preparado. Fueron ellas las que encontraron la piedra del sepulcro removida y las que descubrieron que el cuerpo de Jesús había desaparecido (Lucas 24:1-3). Los discípulos no tenían idea de lo que había sucedido. Fueron las mujeres quienes vieron a los ángeles y oyeron lo dicho por ellos y, "se acordaron de sus palabras [las de Jesucristo]" (Lucas 24:8). Ellas son las que volvieron del sepulcro y les dijeron a los discípulos y al resto de los seguidores de Jesús las cosas que habían acontecido, aunque los discípulos no las creían (vs. 9-12). También notamos que estas mujeres se encontraban entre aquellas que fielmente esperaban con los apóstoles de Jesús las promesas del Espíritu Santo (léase Hechos 1:13-14).

Mujeres sobresalientes. En sus epístolas, el apóstol Pablo mencionó a un número de mujeres que habían laborado y servido a la Iglesia, haciendo así posible una mayor propagación del evangelio de Jesucristo. Un ejemplo sobresaliente es el de Febe; de ella Pablo dice: "Os recomiendo además nuestra hermana Febe, la cual es diaconisa de la iglesia en Cencrea; que la recibáis en el Señor, como es digno de los santos, y que la ayudéis en cualquier cosa en que necesite de vosotros; porque ella ha ayudado a muchos, y a mí mismo" (Romanos 16:1-2). Pablo la presentó a la Iglesia en Roma, elogiándola por su asistencia excepcional.

En este mismo capítulo, Pablo alaba a varias otras mujeres por su servicio y ayuda. Entre ellas se encuentra Priscila, la esposa de Aquila, quienes eran los

ayudantes de Pablo en Corinto (Hechos 18:1-3). Es interesante notar que en algunos casos el nombre de Priscila es mencionado aun antes que el de su esposo. Sin embargo, cuando se mencionan ambos en el contexto del hogar, se menciona Aquila primero.

Sobre Evodia y Sintique Pablo escribió que ellas "lucharon por el Evangelio a mi lado, lo mismo que Clemente y demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida" (Filipenses 4:2-3; *Biblia de Jerusalén*). Estas mujeres tuvieron una responsabilidad tan extraordinaria en difundir el evangelio que Pablo hizo mención especial de ellas, junto con su elogio de Clemente y otros de sus colaboradores en la fe.

Ciertos dones del Espíritu fueron dados a las mujeres de la Iglesia de Dios en ese primer siglo, de la misma manera que a los hombres. Por ejemplo, en Hechos 21:9 leemos que las hijas de Felipe "profetizaban".

La creación de la mujer. Es muy importante, tanto para los hombres como para las mujeres, comprender la razón por la cual Dios creó a la mujer. Fue la intención de Dios que la mujer fuera una ayuda al hombre, no su esclava. Desgraciadamente, demasiados hombres creen que muestran su "machismo" al gobernar a sus mujeres con mano fuerte. Pero es más fácil para una mujer respetar a su marido cuando éste toma sus opiniones e ideas en consideración. Fue Dios quien al principio dijo: "No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él" (Génesis 2:18). Esa ayuda incluye *asistir* al esposo a tomar sabias decisiones, no sólo en cuidar a los niños, lavar la ropa y hacer otras tareas semejantes.

Los hombres y las mujeres no deben estar en competencia, sino deben *ayudarse mutuamente*. ¡Así lo dice Dios! Note que Pedro fue inspirado a escribir: "Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a *coherederas* de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo" (1 Pedro 3:7). No existe ninguna discriminación de los sexos en el plan de Dios. Los hombres *no son superiores* a las mujeres a la vista de Dios; únicamente son *distintos* y tienen diferentes papeles que desempeñar. ¡A ambos se les ofrece la *misma* meta espiritual!

Podemos aprender *una tremenda lección espiritual* de la creación. En el quinto capítulo de Efesios, el apóstol Pablo describió la ideal unión matrimonial, diciendo al final de esta sección: "Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y la igle-

sia" (vs. 32). La relación del hombre hacia su esposa es *tipo* del amor, del noviazgo y la unión matrimonial de Cristo con su Iglesia. A través de las Escrituras encontramos la analogía de que la mujer *tipifica* a la Iglesia y el esposo a Jesucristo. ¿Puede usted ahora comprender la gran importancia que Dios pone en las relaciones matrimoniales y la razón por la cual Dios nos creó varón y hembra? El papel de la mujer dentro del matrimonio no es insignificativo; al contrario, es uno que representa nuestra relación como la Iglesia que finalmente se casará con Jesucristo.

¿Por qué al hombre se le ha dado más autoridad? ¿Se ha preguntado alguna vez a qué se debe que Dios puso al hombre sobre su esposa en autoridad? ¿Sería acaso necesario el dominio en un matrimonio perfecto? ¿Sería preciso la autoridad en el hogar, si tanto el marido como la mujer fueran perfectamente *compatibles* y *armoniosos* en su trato? ¿Es acaso porque la mujer es excesivamente rebelde que el marido necesita gobernarla? ¡Definitivamente no! Tomemos el caso de Cristo y Dios el Padre. Ningunos otros seres en todo el universo están más en acuerdo y armonía que ellos y, sin embargo, no cuentan con el mismo rango de autoridad — la del Padre es obviamente *superior*. A alguien tiene que dársele autoridad superior — tanto en el Reino de Dios como en *el hogar*.

Podemos ver claramente que no está la mujer sujeta a su marido debido a una maldición pronunciada contra las mujeres en general. No significa que los hombres sean más inteligentes y superiores; de hecho, extensos exámenes han comprobado que existe poca diferencia del cociente intelectual promedio entre ambos sexos. No es cuestión de estados de "superioridad" o "inferioridad" que Dios haya puesto al hombre como cabeza del hogar; se debe sencillamente al hecho de que El otorgó a cada sexo un papel particular.

¿Pero qué es lo que puede la mujer hacer? Muchas de ustedes como mujeres tal vez se hayan preguntado sobre cuál es el motivo que Dios ha puesto al hombre para estar a la cabeza del hogar. Algunas quizás hayan pensado que no tienen como mujer nada positivo y constructivo que contribuir. ¡Esto no es cierto! Las responsabilidades de las mujeres son tanto una parte integral del plan de Dios como las de los hombres. El hecho de que la esposa debe estar sujeta al marido no quiere decir que no cuenta con oportunidades para desarrollar el carácter que se requiere para nacer dentro del Reino de Dios. Es la voluntad de Dios que **TODOS** se

salven — hombres y mujeres por igual.

Esta vida es un campo de entrenamiento para alcanzar el venidero Reino de Dios. Lo que *hagamos* ahora es lo que determinará el galardón que se nos entregará cuando vuelva Jesucristo. En Apocalipsis 3:21 se nos dice: "Al que *venciere*, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono". ¡Un gran porcentaje de los seres *humanos* en el mundo de mañana serán mujeres! Los que serán más calificados para adecuadamente educarlas serán aquellos seres *espirituales* que fueron mujeres antes de nacer dentro de la familia de Dios.

¿Habrá seres espirituales de ambos sexos en el Reino de Dios? No se hace mención en ninguna parte de la Biblia acerca de una promesa *específica* que pueda aplicarse solamente a las mujeres. Sin duda alguna, no hay ninguna indicación en la Palabra de Dios de que a las mujeres se les entregará un puesto de segunda categoría en el Reino. ¡La MISMA promesa se extiende a todos los que venzamos! El sexo al que pertenecemos no es el factor que determina si entraremos o no en el Reino de Dios. A cada uno de nosotros se nos han dado ciertas responsabilidades que llevar a cabo — seamos varón o hembra. Seremos recompensados de acuerdo a cómo venzamos nuestra naturaleza humana.

Los saduceos trataron de confundir a Cristo, preguntándole sobre la resurrección de los muertos. La pregunta se refería a cuál hombre en la resurrección estaría unida una mujer que durante su vida física se había casado varias veces. He aquí la clara y sencilla respuesta que Cristo les dio: "Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo" (Mateo 22:29-30). En ese entonces, no habrá distinción de sexo, porque los que ahora venzan serán compuestos de espíritu.

Los ángeles no se casan; tampoco aquellos que nacerán dentro de la familia de Dios. Pablo dice en 1 Corintios 15:51-52: "He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero *todos seremos transformados*, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados". Ya no seremos seres mortales, sino inmortales — todos seremos compuestos de espíritu. Ahora leamos 1 Juan 3:2: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser;

pero sabemos que cuando él [Cristo] se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es". ¡En ese tiempo, **TODOS nosotros** — si calificamos — seremos exactamente como Cristo!

El papel especial de la mujer. Madres, abuelas, adolescentes — todas ustedes mujeres — fueron creadas para cumplir un llamamiento singular que ningún hombre podría jamás adecuadamente llevar a cabo. La fuerza de ustedes está en su influencia en el hogar como *esposa* y *madre*. Ustedes son sin duda alguna, las indiscutibles campeonas en estos campos. Su esposo, o cualquier otro hombre, sería tristemente incapaz de llenar los requisitos necesarios. Se sorprenderá en saber cuán a menudo Dios alienta e instruye a la mujer *directamente*. He aquí unos cuantos ejemplos positivos de lo que la mujer debe hacer *en la actualidad* para cumplir con las responsabilidades de su papel.

Debe educarse a las jóvenes. Hubo un tiempo cuando se consideraba a las mujeres, no sólo más débiles físicamente, sino también mentalmente. Se suponía que los hombres eran más eruditos — pensadores más profundos — los únicos que en realidad necesitaban el beneficio de una educación. Únicamente en tiempos comparativamente modernos han ido las chicas a las instituciones de enseñanzas — especialmente con el fin de recibir una educación universitaria. Hemos visto que Dios creó a los hombres y a las mujeres para que sean *coherederos* — para compartir *juntos* las responsabilidades de la vida y heredar *parejamente* el Reino de Dios. Por lo tanto, la educación es tan importante para una chica que para un muchacho.

Como ya hemos dicho, se ha comprobado que no existe diferencia notable entre el nivel de inteligencia del hombre y la mujer. Las mujeres pueden aprender y retener datos; pueden asimilar y utilizarlos en igual proporción que los hombres. La diferencia no tiene que ver con agilidad mental, sino con el papel que Dios intentó que la mujer desempeñara. Recuerde que cuando Dios creó a Adán y Eva, refiriéndose a la mujer dijo, "le haré ayuda [al hombre] idónea para él". La educación de la mujer debe complementar — no competir con — la educación y las responsabilidades del hombre. La sociedad actual y nuestras modernas instituciones de enseñanzas no han comprendido este principio tan vital. Tanto las mujeres como los hombres deben estar familiarizados con la estructura del idioma, la historia universal, matemáticas, literatura y otros te-

mas fundamentales. Esta es una manera en que una pareja tendrá más cosas en común de las cuales podrá platicar y compartir. La mujer también debe estar plenamente preparada para que pueda desempeñar los deberes correspondientes a una buena ama de casa.

El matrimonio no suele ser siempre la meta de la joven universitaria. Por consiguiente, es necesario que se entrene de tal manera que pueda ocupar un puesto responsable en la sociedad. Debe poder contar con un buen empleo después de que se gradúe de la universidad, o de la secundaria, si éste es el caso. Sin embargo, es preciso que tome en cuenta que también debe contar con la preparación para ser una amada esposa y más tarde una madre ejemplar, si es que algún día decide casarse y tener hijos.

Ejemplos bíblicos para las mujeres.

Una de las secciones más comprensivas de la Biblia tocante las responsabilidades de las mujeres se encuentra en la Epístola de Pablo a Tito. En dicha sección, él claramente advierte que las mujeres deben ser enseñadas las verdaderas leyes del éxito para que alcancen la felicidad. Fíjese en su amonestación "que enseñen [las ancianas] a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos" (Tito 2:4). Estas son cualidades que demasiadas personas en nuestra sociedad moderna nunca han comprendido. Cualquiera que siga fiel y positivamente las leyes e instrucciones de Dios en estas cuestiones, podrá disfrutar de un matrimonio feliz, tendrá hijos obedientes, y una vida mucho más abundante.

Leemos en el versículo 5 que las mujeres deben "ser prudentes". Lamentablemente hay mujeres que carecen de prudencia. ¿Ha leído usted alguna vez lo que Salomón dijo sobre la hermosa mujer que no tenía prudencia? Vea Proverbios 11:22: "Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo es la mujer hermosa y apartada de la razón [de la prudencia]". ¡Qué comparación más vívida! El conocido dicho "las apariencias engañan" tiene mucho de cierto. Esto no quiere decir que sea peccaminoso tener un bello cutis y ser atractivo, pero si no va acompañado de sabiduría, prudencia y amor, de nada vale la hermosura física.

Continuando con Tito 2:5, vemos que también es importante para las mujeres que sean "castas." Es decir que deben ser virtuosas y moralmente irreprochables. Es preciso que sean "cuidadosas de su casa". Nuevamente se menciona algo positivo que la mujer puede hacer. Claro está que una joven que se gradúe de la secundaria o de la universidad y no desee contraer nup-

cias inmediatamente, debe trabajar y aprender lo posible para mejorarse al máximo hasta que decida casarse. Sin embargo, una vez casada, debe utilizar sus energías principalmente en cumplir con sus deberes como esposa, madre y ama de casa. Esto no significa que una mujer casada nunca debe trabajar para ayudar con los gastos, pero que no debe ser un empleo su meta e interés primordial.

Las mujeres han de ser "buenas" y "sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada". Estas son lecciones sobre el *desarrollo del carácter* que son de un valor incalculable. Son leyes positivas que pueden dirigir a las mujeres a la genuina felicidad.

Las cualidades de una buena esposa.

El mejor conocido capítulo en toda la Biblia sobre las responsabilidades de la mujer se encuentra en Proverbios 31:10-31. He aquí varios ejemplos que las mujeres pueden y deben estar poniendo en práctica en sus vidas. Note de qué se tratan mientras repasamos algunos de estos versículos.

Ella busca lana y lino, y *con voluntad* trabaja con sus manos. Trae su pan de lejos. Se levanta antes que amanezca si es necesario y da comida a su familia. Considera un terreno y lo compra, y planta viña del fruto de sus manos. Es buena costurera y extiende su mano para ayudar al pobre cuando le es posible hacerlo. No tiene temor de la nieve porque toda su familia está vestida de ropas dobles. Abre su boca *con sabiduría* — no para perder el tiempo chismeando — y la ley de clemencia está en su lengua.

Esta es la descripción de una mujer cuya meta en la vida — físicamente hablando — es el bienestar de su familia y comunidad. ¡Se mantiene ocupada! ¡Trabaja, y se interesa por otros! Las mujeres deben pensar en estas responsabilidades y preguntarse si las están desempeñando. Y ustedes hombres leyendo este artículo, ¿están *permitiendo* que sus esposas las lleven a cabo? ¿Qué hombre normal no quisiera que su esposa fuera como la mujer virtuosa de Proverbios 31? Es una mujer que sirve y es *portadora de felicidad*. ¿Está usted proporcionando a su esposa la inspiración y guía necesarias que la animen a cumplir con estos deberes?

La costura y las compras. Examinemos nuevamente algunas de las responsabilidades físicas que se mencionan en Proverbios 31. ¿Cómo son aplicables al diario vivir de la ama de casa del moderno siglo veinte?

Varios de estos versículos ponen de manifiesto que la mujer puede hacer o

comprar la ropa para su familia. Sin embargo, es importante considerar la calidad; toda madre o ama de casa debe tratar de adquirir ropa y tela de la más alta calidad que sus ingresos le permitan, ya que no sólo tienen mejor apariencia, sino que duran más.

Una mujer que es buena costurera puede proveer mucho más y mejor ropa para sus hijos y para ella con la misma cantidad de dinero que alguien que todo lo compre ya hecho. Así que bien vale la pena aprender esta importantísima habilidad. Si usted cree que ya es demasiada avanzada en años para ello, entonces asegúrese de que sus hijas sí la aprendan.

Note que el versículo 14 dice que la mujer virtuosa trae su pan de lejos. Esto quizás no sea necesario en muchos casos, ya que dependiendo de donde viva uno, existen mercados donde se puede comprar casi todos los alimentos necesarios. Sin embargo, si viajando un poco más de lo requerido se puede comprar alimentos de mejor calidad, entonces una mujer verdaderamente interesada en la salud de su familia debe tratar de hacer el esfuerzo adicional necesario. Si usted vive en un pueblito, quizá le sea más fácil adquirir de una granja a las afueras del pueblo, leche, huevos, miel, frutas y vegetales de buena calidad.

Madrugando y sembrando. Un ejemplo digno de alabar es una mujer que se levanta temprano con el fin de preparar un buen y nutritivo desayuno para su familia. De la manera que el día se comienza puede ser decisivo en la forma que el marido hará su trabajo y cómo los niños desempeñarán sus tareas escolares. Hasta la esposa misma podrá realizar sus otros deberes más satisfactoria y gozosamente. Muchas son las mañanas cuando ciertas personas se levantan de malas — y a veces ni madrugan. Si la esposa tiene la ropa a la mano para su esposo e hijos y un desayuno caliente y alimenticio preparado con bastante tiempo, entonces toda la familia podrá disfrutarlo sin necesidad de apurarse, lo cual hará el comienzo de cada día un verdadero placer.

Otra oportunidad que muchas mujeres pasan por alto es la de sembrar su propio huerto. Algunas — no todas por supuesto — quizá tengan algún sitio en el patio o algún terrenito cerca de la casa donde puedan sembrar un huerto, el cual no sólo producirá vegetales *nutritivos* para la familia, sino que también proporcionará la oportunidad de ejercitar el cuerpo y recibir los beneficios del sol.

Los ejemplos que se han mencionado
(Continúa en la página 24)

LA IGLESIA → → EN ACCION

La primera conferencia celebrada en Tucson

TUCSON, ARIZONA — El Sr. Herbert W. Armstrong, pastor general de la Iglesia de Dios Universal, dio el discurso de apertura el 22 de enero de 1979. Fue así cómo se inició la primera conferencia ministerial que se haya celebrado en Tucson, Arizona.

El Sr. Armstrong caminó energicamente hacia el escenario principal del Centro de Música, en Tucson, donde unos 550 ministros — muchos de ellos acompañados por sus esposas — se pusieron de pie y aplaudieron entusiastamente. Desde Pasadena varios miles de miembros y empleados lo escuchaban a través de altoparlantes por medio de una conexión telefónica. Ellos se habían reunido en el Edificio de Administración y en el centro universitario de Ambassador para cantar himnos y manifestar su apoyo al Sr. Armstrong y a la Iglesia.

Después de llamar la atención a un artículo sobre el proceso judicial, el Sr. Armstrong dio comienzo a la primera sesión, mencionando la demanda legal del estado de California.

“Estamos luchando por defender los derechos de todas las iglesias y religiones en los Estados Unidos de Norteamérica”, dijo el Sr. Armstrong. “Si el Estado y el sistema judicial tuvieran éxito en su intento actual, se terminaría la separación de Iglesia y Estado en los Estados Unidos”. El Sr. Armstrong se estaba refiriendo a la acción tomada por el estado de California como resultado de una demanda legal que puso a la Iglesia, el centro universitario de Ambassador y la Fundación Cultural Ambassador (afiliados a la Iglesia de Dios Universal) bajo una sindicatura el 3 de enero.

“Estamos luchando por proteger la libertad de la prensa, de la religión y la de convocarse”, continuó el Sr. Armstrong. Los detalles y los antecedentes relacionados con la situación habían de ser tratados más tarde durante la conferencia. El Sr. Armstrong principalmente habló acerca de por qué existe un ministerio y la tarea que se debe

realizar en estos tiempos modernos.

Sin embargo, hacia el final de la primera sesión, una vez más se refirió a la situación en Pasadena.

“Dios es el Creador y el Revelador de la verdad. Jesucristo está peleando esta batalla por nosotros, y El ganará”, añadió. El Sr. Armstrong alabó a Stanley Rader, su consejero principal, diciendo que “él ha sido de inestimable valor a esta Iglesia”.

El Sr. Armstrong también presentó la Junta Directiva oficial de la Iglesia.

El martes por la mañana, el Sr. Roderick Meredith, director de la Administración Pastoral, compartió el podio con el Sr. Armstrong y explicó algunos de los sucesos que resultaron en los problemas presentes que la Iglesia está experimentando. Según el Sr. Sherwin McMichael — director de los preparativos festivos y el encargado de los alojamientos en Tucson — la conferencia, que acostumbra celebrarse en Pasadena, fue trasladada este año a Tucson para así evitar un conflicto entre la Iglesia y el estado de California.

La conferencia terminó el jueves por la tarde del 25 de enero, con la mayoría de los ministros partiendo al día siguiente para sus respectivos países, mientras que los que residen en este país viajaron a los estados donde radican.

Ministros de Latinoamérica visitan Pasadena

Ocho ministros de habla hispana y sus esposas tuvieron el privilegio de asistir a la conferencia ministerial en Tucson este año. Fue la primera vez que los señores Cisneros, Dimakis y Mercado concurren a esta conferencia internacional.

Antes del inicio de la conferencia, todos estos ministros llegaron a Pasadena para una breve visita. Visitaron el Departamento Hispano y los empleados tuvieron la oportunidad de charlar extensamente con ellos. El 20 de enero,

después de los servicios religiosos (en que Pablo González y Pablo Dimakis compartieron los mensajes principales), los miembros de la congregación de habla hispana en Pasadena les ofrecieron un almuerzo especial. Aproximadamente 170 personas disfrutaron de la ocasión.

Los ministros que vinieron de Latinoamérica fueron Stan Bass y Alberto Sousa de Puerto Rico; Pablo González de Colombia; Herberth Cisneros de El Salvador; y Tomás Turk, Bob Flores, Pablo Dimakis y Alfredo Mercado de México. Los directores de la Obra Hispana, los señores Walter Dickinson, Robert Flores (padre) y Fernando Barriga y sus esposas también asistieron a la conferencia en Tucson. Todos expresaron su gratitud por dicha reunión y su confianza en el Sr. Armstrong como el Apóstol de la Iglesia.

Servicio de Interpretación

TUCSON, ARIZONA — Algo que fue especialmente enfatizado durante la conferencia ministerial que se celebró desde el 22 al 25 de enero en Tucson, fue que ésta es la Iglesia de Dios Universal — una iglesia de alcance mundial.

Aquellos ministros cuyo idioma nativo es el castellano o el francés, y que no entendían el inglés, podían escuchar los discursos en uno de estas lenguas a través de auriculares, gracias a las traducciones que simultáneamente se hacían. “Estos son nuestros ministros; necesitan llevar consigo a nuestras congregaciones lo que aquí se ha dicho”, comentó el Sr. Fernando Barriga.

Los ministros alemanes que asistieron eran bilingües y escucharon las sesiones en inglés, igual que los ministros de países como Tonga y Nigeria.

Pablo Dimakis, ministro de México, y Alberto Sousa, ministro de Puerto Rico, compartieron la responsabilidad de traducir al español. Fanny Carión, del Departamento Francés en Pasadena, se encargó de traducir al francés.

LA CONFERENCIA MINISTERIAL DE 1979

El Sr. Herbert W. Armstrong, pastor general de la Iglesia de Dios Universal, presenta el discurso de apertura.



A la derecha:

Pablo Dimakis traduce los mensajes al español.

Abajo:

Los ministros de habla hispana disfrutan de un almuerzo especial en Pasadena.



¿QUE LE HA OCURRIDO AL CRISTIANISMO BASICO?

¿NECESITA un verdadero cristiano convertirse en un estudioso de la compleja, y a menudo abstracta teología de hoy para ser salvo? ¿Deberá un verdadero creyente “enmarañar” su mente con la difícil teología de Barth y Nietzsche, para poder entrar en el Reino de Dios?

Algunos eruditos — envueltos en una pedante nube de academicismo — han tenido la presunción de calificar de “primitiva” a la fe de los cristianos originales. Han mirado despectivamente a la teología de Pedro, Pablo y Juan, considerándola como “menos avanzada” que las confusas y complejas abstracciones de los teólogos modernos.

El apóstol Santiago, según opina uno de los reformadores, escribió “una epístola de paja”. Otro erudito alega que Jesucristo — el Salvador de toda la humanidad — fue sólo un impostor revestido de piedad, un charlatán y farsante que concibió el plan de su propia crucifixión. Otros pensadores modernos han presentado temas tan abstractos como el de la muerte de Dios y la llamada “ética de situación”. Casi no hay pasaje de las Escrituras que no sea considerado, por uno u otro teólogo o filósofo, como digno de poco crédito. Los once primeros capítulos del Génesis han sido calificados de “mito” por una de las principales denominaciones religiosas “cristianas” del Canadá.

Una mayoría substancial de los modernos teólogos liberales ha aceptado la idea de que Isaías escribió solamente los primeros 39 capítulos del libro bíblico que se le atribuye. Alegan que el resto fue escrito mucho después por un “gran desconocido”.

Los milagros bíblicos han sido desacreditados, alegándose la imposibilidad de probarlos científicamente. Ha habido gran polémica acerca de la integridad de los manuscritos o textos bíblicos existentes. Se han citado supuestas contradicciones y discrepan-

El cristianismo en el mundo de hoy no es lo que fue en la época de los apóstoles originales. Los tiempos y el sistema de valores han cambiado. La política eclesiástica, la teología, la filosofía y el criticismo superior, todos han hecho su parte en complicar las prácticas y creencias sencillas de los primeros cristianos. Como dijo el apóstol Judas, ya es hora de contender “ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos”.

por Brian Knowles

cias como razón para rechazar a las Escrituras como guía de vida digna de crédito.

La abundantísima literatura — en forma de libros, tesis y artículos eruditos publicados en revistas de teología y religión — es suficiente para confundir a cualquier persona. Las antiquísimas galerías de los monasterios de clausura resuenan con los pasos de monjes eruditos, que dedican una vida entera a la búsqueda de la iluminación espiritual. ¡Pero esto no parece servirle de mucho al humilde campesino que quiere saber cómo entrar en el Reino de Dios! Ni tampoco ayuda al obrero a alcanzar un mejor desarrollo espiritual.

Los eruditos debates de eminentes teólogos, tras las puertas cerradas de los centros académicos, no ayudan gran cosa al alcohólico promedio que está luchando desesperadamente por alcanzar a Cristo.

Algo anda mal en el cristianismo organizado. De alguna manera, la fe simple, pero profunda, de la Iglesia primitiva se ha perdido en desorden retórico y político.

Las complejidades de la política eclesiástica y de las altas finanzas, junto con las confusiones de los debates teológicos, nos han nublado en una u otra forma la visión del cristianismo básico.

Lo que usted no necesita conocer. ¿Cuánto tiene que saber un cristiano para ser salvo? ¿Deberá cada hijo de Dios convertirse en un sabio teólogo y resolver los debates seculares del mundo académico?

¡Desde luego que no!

Son muchas las cosas que usted no necesita saber para alcanzar la salvación.

Usted, por ejemplo, no necesita saber cómo resolver el problema del “Deutero-Isaías”. El Evangelio de Juan (12:37-41) aclara suficientemente que la Iglesia primitiva creía que Isaías escribió totalmente el libro que se le atribuye. Juan, por ejemplo, hizo citas

de ambas "secciones" del libro de Isaías (53:1 y 6:10), y atribuye ambas citas al mismo autor. Si usted admite que el Nuevo Testamento constituye un relato exacto de las creencias de la Iglesia primitiva, entonces el problema debe darse como solucionado.

Tampoco necesita usted resolver la cuestión de si los milagros del Antiguo Testamento y el relato de los primeros once capítulos del Génesis son cosa mitológica. El apóstol Pablo nos enseñó que "toda la Escritura es inspirada por Dios" (2 Timoteo 3:16). Y Cristo enseñó que la Palabra de Dios es verdadera (Juan 17:17).

Cristo también enseñó que el hombre debe vivir según "toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo 4:4 y Lucas 4:4), y que ninguna parte de la Biblia debe ser rechazada. Cristo dijo que "la Escritura no puede ser quebrantada" (Juan 10:35).

Si usted cree en el Nuevo Testamento, entonces también debe creer en el Antiguo. Y si no cree en el Nuevo Testamento, ¿cómo puede entonces considerarse cristiano? El Nuevo Testamento es el *único* testimonio digno de crédito que tenemos acerca de la vida del Mesías, los comienzos de la Iglesia, y las creencias y prácticas del primitivo cristianismo.

En ausencia de otra revelación actualizada procedente de Dios, tenemos que confiar en el Nuevo Testamento... o quedarnos sin testimonio alguno. El Nuevo Testamento es la fuente principal de conocimiento acerca de los comienzos del verdadero cristianismo. Rechazarlo, en todo o en parte, significa rechazar a Cristo y a sus enseñanzas.

De igual modo, aceptar el Nuevo Testamento y su contenido es aceptar a Cristo, y así solucionar muchos de los problemas que plantean los críticos del Antiguo Testamento. Y ya eso solo se encarga de rebatir a una considerable porción de los problemas planteados por la moderna erudición teológica.

Aceptemos que muchos documentados pensadores, de gran reputación en el campo de los estudios teológicos, considerarían este punto de vista como demasiado simplista e infantil, e inclusive tonto — pero, como en todo, tenemos que establecer límites. Dirigiéndose a la congregación local de los corintios, el apóstol Pablo escribió: "Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo" (2 Corintios 11:3).

La relación de los cristianos con Cristo no es compleja, difícil ni confu-

sa. Es sencilla, aunque profunda. Ni usted ni yo tenemos que ser teólogos titulados para entrar en el Reino de Dios.

¿Qué es el cristianismo? ¿Qué es el verdadero cristianismo? ¿Qué es lo que usted tiene que saber para ser salvo?

Comencemos por fijarnos en el significado de la palabra "cristiano". ¿Qué quiere decir? ¿De dónde procede?

"... Y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía" (Hechos 11:26). Aquellos que eran estudiantes de Cristo — aquellos que seguían a Cristo — fueron llamados "cristianos" por los ciudadanos de Antioquía. Un cristiano, simplemente, es alguien que cree en Cristo y sigue las enseñanzas y el ejemplo de Jesús, Hijo de Dios. El apóstol Pedro también usó el término (1 Pedro 4:16).

Pero, ¿qué es lo que implica tal creencia?

Cristo vino como Legislador, igual que Moisés. Vino para cumplir y redefinir los principios relativos a la relación del hombre con su Creador y con sus prójimos en la Tierra. Todas las enseñanzas de Cristo están basadas en un solo principio general: el *amor*.

La filosofía de Jesús sobresalió muy por encima de las insignificantes disputas teológicas de sus tiempos. Cuando un abogado (un experto en la ley judaica) le preguntó cuál era el "gran" mandamiento de la ley, Cristo resumió la cuestión dándole un simple principio — el amor. "Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo 22:37-40).

Como se ve, esos dos mandamientos tienen un denominador común — el amor. Y ese amor se proyecta en dos direcciones — hacia Dios y hacia el prójimo.

¡Esta es la *esencia*, el corazón y el núcleo del cristianismo! El mismo Jesús dijo que el amor era la vía principal — y la más obvia — para reconocer a un verdadero cristiano. "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Juan 13:35).

Más tarde, el apóstol Pablo habría de escribir más detalladamente sobre esta enseñanza fundamental de Cristo. Así, Pablo dijo a los cristianos: "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley" (Romanos 13:8).

Reflexionemos un poco sobre todo

esto, que es simple y profundo a la vez. Si una persona tiene el amor de Cristo en su corazón y en su mente, esa persona no hace daño a su prójimo. No va a robar, ni a mentir, ni a matar. El cristiano que ama a su prójimo, no va a codiciarle sus bienes, ni a cometer adulterio con su mujer. Y un niño que ama a sus padres no hará nada que pueda deshonrarlos.

El cristiano, en breve, guarda la ley de Dios, y lo hace por ese elemento de amor que reside en su interior. Como expresó el apóstol Pablo, "El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor" (Romanos 13:10). Así es como Cristo cumplió la ley (Mateo 5:17), dejando un ejemplo para todos los cristianos. Cristo ofreció su propia vida en sacrificio, dándonos así la más grande muestra del cumplimiento de este principio central del amor, sobre el cual está basada toda la ley de Dios. ¡Y Cristo lo hizo por usted y por mí!

Cómo podemos adquirir el amor de Dios. El amar a Dios y al prójimo no es algo que, para la mayoría de nosotros, se desarrolle como una tendencia natural y espontánea. Al contrario, la capacidad para expresar ese amor divino es una característica adquirida; de hecho, es un don que recibimos.

Dios se encarga de dar el primer paso. El apóstol Juan escribió que "amamos a Dios porque El, *primero*, nos amó a nosotros" (1 Juan 4:19). Dios nos atrae hacia El por medio de su Espíritu Santo (Juan 6:44). Por medio de su evangelio, Dios inicia el proceso de guiarnos a una íntima relación con El.

Nuestra respuesta, por tanto, debe ser la siguiente: "¿Qué debo yo hacer ahora, en vista de lo que ya he aprendido?". Dios nos responde así: "... Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38).

Una vez que se ha cumplido esto, el cristiano empieza a producir los frutos del Espíritu Santo en su vida. "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley" (Gálatas 5:22-23). Note que el primer fruto que se menciona es el amor. Este es el primero que Dios comienza a producir en la vida del cristiano converso. ¿Por qué?

Sencillamente porque el amor es la base y el cimiento sobre que descansan todas las otras creencias y prácticas del cristianismo. En otras palabras, el amor es la característica primaria que

Dios está desarrollando en sus hijos.

El amor es el requisito indispensable para entrar en el Reino de Dios. Es más importante aun que el conocimiento y la comprensión. Es muchísimo más importante que la profecía. El amor supera hasta la misma fe, a pesar de que sin ésta es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6). El amor es el mejor de todos los dones del Espíritu Santo. Y Pablo enseñó a los cristianos a procurar los dones mejores (1 Corintios 12:31).

Pablo situó el amor en el lugar que le corresponde con relación a todos los otros dones, talentos y capacidades que un cristiano pueda poseer. "Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. . . Y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, *nada soy*" (1 Corintios 13:1-2).

Un cristiano sin amor — amor que viene como resultado de la morada del Santo Espíritu de Dios en nosotros — no es *nada*, hablando en un sentido espiritual. El que no tenga amor, no es cristiano. Si usted no está de acuerdo, entonces no cree lo que dice la Biblia.

Todas las pretensiones de la erudición, todo el conocimiento académico y las doctas polémicas, toda la crítica intelectual, los interminables discursos, y las violentas querellas teológicas, nada son cuando se comparan con el amor de Dios.

El amor vence todos los obstáculos, a pesar de no ser agresivo. El verdadero cristiano es bondadoso y paciente; no busca su propio bien, porque pone primero a los demás. Ni la vanidad ni los celos tienen cabida en la vida del verdadero cristiano. La mente del cristiano converso no se regocija en el escándalo ni en el conocimiento del mal y del pecado en otros (1 Corintios 13:4-6).

Y todo ello es el *producto* del amor que reina en el interior del cristiano, causado por el Espíritu Santo.

El cristiano que ama profunda y sinceramente a Dios, no se pone a erigir ídolos, ni a tomar en vano el santo nombre de Dios. Al contrario, respetará a ese nombre, reverenciándolo. No tendrá falsos dioses, sino que reconocerá solamente al único Dios verdadero. Ni tampoco se olvidará de la observancia del Sábado, día en el que se conmemoran la creación y el inicio del gran plan divino para nuestra salvación. El verdadero cristiano, además, tendrá a Dios muy presente en su mente y en su corazón todos los días de su vida, no solamente el Sábado.

El verdadero cristiano mantiene con

Dios una relación que se basa en el amor y está motivada por el amor. Esa actitud del cristiano es su respuesta frente a la increíble compasión que Dios mostró cuando El dio el primer paso, perdonándonos todos los actos y pensamientos pecaminosos, malvados y repelentes que usted y yo hemos cometido.

El amor es la motivación del evangelio. Todo cristiano que ha recibido el don inapreciable de la conversión, deseará compartir con otros su modo de vida, su conocimiento y su comprensión de Dios. Ese cristiano sentirá la misma compasión de Jesucristo (Marcos 1:41; 6:34; y 8:2), al darse cuenta del sufrimiento humano. El cristiano, pues, tendrá la misma actitud amorosa que Cristo demostró cuando clamó con emoción profunda: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37).

Si usted piensa que todo esto es palabrería y sentimentalismo religioso, entonces está equivocado. Todo esto es el *cristianismo básico*. Si usted rechaza el amor, por considerarlo meramente sensiblería religiosa, entonces está rechazando a Cristo y a la mismísima esencia del cristianismo.

Jesús no se avergonzó de expresar abiertamente la profundidad de sus emociones. En una ocasión, inclusive llegó a derramar lágrimas por la falta de fe de algunos de sus contemporáneos (Juan 11:35).

Cristo se sintió particularmente vinculado al apóstol Juan, y éste usa la palabra "amor" más que cualquier otro autor de las Escrituras.

Juan, que escribió hacia fines del siglo I — después de que todos los otros apóstoles originales habían sido martirizados — dejó registrado lo siguiente: "Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros" (1 Juan 3:11).

El amor es el mismo corazón del mensaje evangélico. Este es un mensaje de genuino interés hacia los demás. Es el don de la Iglesia al mundo. El evangelio del Reino de Dios nos habla de un mejor sistema de vida, un sistema de paz y de armonía, un sistema que finalmente vendrá. Se trata, pues, de un mensaje de esperanza, una esperanza que resplandece con toda brillantez en las tinieblas de este mundo.

El apóstol Pablo, refiriéndose a su propio país, escribió: "Hermanos, cier-

tamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por *Israel*, es para salvación" (Romanos 10:1).

Pablo estaba tan lleno de amor por el bienestar de otros que, con profunda emoción y hondo sentimiento, escribió: "... Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas" (Romanos 9:2-4).

Es decir, Pablo estaba dispuesto a renunciar a su propia salvación por la redención de Israel. Moisés, muchos siglos antes, tuvo una actitud similar con relación a la antigua nación de Israel (Exodo 32:32).

¿No deberían tener los cristianos una actitud similar con respecto a toda la sociedad? ¿Es que podemos contemplar el sufrimiento y la intensa agonía y desdicha de la humanidad, y no sentirnos conmovidos hasta el grado de querer hacer algo? ¿Es que no somos capaces de desear ardientemente que el mundo cambie, y que todo ser humano reciba la oportunidad de ser salvo? A fin de cuentas, ¿no es esa compasión hacia los demás lo que el evangelio nos enseña?

Resumen. Todas las polémicas de la teología cristiana se desmoronan y se nos presentan como un enredo de palabras vacías, carentes de significado, cuando nos detenemos a considerar el amor divino que es la base del verdadero cristianismo. El amor va más allá de toda la retórica y de toda la erudición. Usted es cristiano si ha recibido el Espíritu Santo de Dios y manifiesta en su vida los frutos de ese Espíritu.

Pablo condensó la idea sucintamente: "... Vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, *fuisteis sellados* con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria" (Efesios 1:13-14).

Usted, amigo lector, está leyendo ahora las palabras del evangelio. Créalas, arrepiéntase, sea bautizado, y obtenga el don del Espíritu Santo de Dios, el cual puede ayudarle a alcanzar la vida eterna. Así estará usted seguro de recibir un puesto en el Reino de Dios. Si ya ha sido bautizado, examínese a sí mismo. ¿Está usted produciendo los frutos del Espíritu Santo? ¿Está usted motivado por el amor a Dios y al prójimo?

¿Está usted viviendo y experimentando el *cristianismo básico*? □

Relatos de LA BIBLIA Para jóvenes de 5 a 105

Capítulo Decimonono LA PEOR EPOCA QUE HABIA CONOCIDO EGIPTO

POCAS horas después de haberse enterado de que los israelitas no quedarían en libertad, Moisés y Aarón volvieron al palacio. Rodeado de sus guardias y de sus ayudantes, el Faraón se disponía a salir en un corto recorrido por los alrededores de la ciudad, para ver el daño que había sufrido el ganado.

“Quizá sería mejor no salir ahora”, le dijo uno de sus ayudantes. “Está soplando un fuerte viento, que trae arena y polvo desde el desierto”.

Moisés y Aarón ante el Faraón de nuevo. El Faraón estaba a punto de replicar, cuando vio a poca distancia que Moisés y Aarón esperaban en las escalinatas del palacio. También notó que entre ambos cargaban una gran bolsa de cuero.

“¡Ustedes dos!”, gritó el Faraón en tono molesto. “¿Qué nuevo mal han desatado ahora sobre mi país? ¿Qué llevan en esa bolsa?”

Los dos israelitas se le acercaron, pusieron la bolsa en un peldaño de las escalinatas y la abrieron, de modo que el Faraón pudiera ver lo que había adentro.

“¡Cenizas!”, gruñó el Faraón.

“Sí, cenizas finísimas de una de tus hornos de secar ladrillos, donde tantos de los nuestros han trabajado como esclavos por tan largo tiempo”, explicó Aarón. “Nuestro Dios nos ha ordenado que traigamos estas cenizas ante ti, y que las lancemos al aire”.

Y, sin más explicación, Moisés y Aarón hundieron sus manos en el interior de la bolsa y sacaron puñados de ceniza, que esparcieron en el fuerte viento que soplabá. Millones de finísimas partículas de ceniza ascendieron rápidamente hacia el cielo.

“Si éste es uno de los ritos religiosos de ustedes”, dijo el Faraón, moviendo la cabeza burlonamente, “pueden estar seguros de que las cenizas se les acabarán si alguna vez ustedes, los israelitas, se marchan al desierto”.

“Será mejor que ruegues que nunca una partícula de estas cenizas llegue a tocar tu piel”, fue la única respuesta que le dio Aarón.

Moisés y Aarón recogieron su bolsa vacía y se alejaron, dejando preocupado al Faraón, intrigado por lo último que Aarón había dicho.

¡Úlceras! Casi a la vez que esto ocurría, los habitantes de la ciudad egipcia de Menfis empezaron a quejarse de una súbita erupción de dolorosas úlceras, ampollas y llagas. En muy corto tiempo, los habitantes de otras ciudades egipcias empezaron a padecer del mismo mal, que parecía epidémico. En cuestión de muy pocas horas, todos los egipcios en el país entero tenían sus cuerpos llenos de dolorosas llagas. La única región egipcia que no resultó afectada, fue la región de Gosén, donde vivía la mayor parte de los israelitas (Exodo 9:11).

Los egipcios no acertaban a explicar se qué era lo que causaba aquella extraña epidemia de úlceras. Pero cuando el Faraón también cayó enfermo con el mismo mal, inmediatamente recordó lo que Aarón le había dicho. Se dio cuenta entonces de que las cenizas esparcidas por los dos israelitas eran la causa de la terrible epidemia que estaba castigando a todo el pueblo egipcio.

Quizá alguien piense que una epidemia de úlceras no es una calamidad demasiado grave. Sin embargo, recordemos que una sola úlcera puede llegar a ser tan dolorosa que, en muchos casos, la víctima ni siquiera puede moverse. Durante esta plaga, muchos egipcios tuvieron gran cantidad de úlceras en sus cuerpos (dependiendo de cuantas partículas de cenizas los habían tocado). En la mayoría de los casos, los dolores eran terribles. Los egipcios se sentían tan mal que ni siquiera podían ocuparse de atender al ganado que había sido afectado por una plaga previa. Tampoco podían enterrar a los millares de animales muertos, esparcidos por los campos.



Todos los egipcios sufrían de una erupción de dolorosas úlceras en sus cuerpos.

Inclusive los magos del Faraón — los mismos hombres que habían tratado de imitar algunos de los milagros realizados por Dios — cayeron víctimas de esta sexta plaga. No sabemos qué fue de ellos. La Biblia no vuelve a mencionarlos. Parece que desistieron de su propósito de demostrar que los hechiceros son capaces de hacer los mismos milagros que hace Dios. El Faraón se sentía desesperado. No había nadie que pudiera aliviarle sus dolores. Médicos y siervos estaban demasiado ocupados, tratando de aliviarse ellos mismos.

El Faraón se sentía humillado y ofendido y, mientras más pensaba en lo que le ocurría, más furioso se ponía. Sabía que Moisés y Aarón esperaban a que él cediera y les prometiera que los israelitas quedarían libres para irse de Egipto. Por espacio de dos días, por lo menos, el Faraón se sintió indignado. Su orgullo, su vanidad y su ambición querían ganarles la batalla a los fuertes dolores que azotaban su cuerpo.

Al fin, se decidió a llamar a un mensajero (tuvo que buscar a uno que no tuviera úlceras en los pies), y le ordenó llevar un recado a Moisés y a Aarón.

“¡Diles a esos israelitas”, dijo el Faraón gritando, “que yo soy el amo de Egipto! Recuérdales que una mera epidemia de úlceras y llagas no puede forzar al Faraón a dar la libertad a millares de esclavos que me hacen falta para convertir a Egipto en la nación más grande que haya existido, o que existirá en toda la Tierra”.

Moisés y Aarón recibieron el mensaje y, como había ocurrido otras veces, se sintieron decepcionados. Pero al siguiente día, obedeciendo instrucciones recibidas de Dios, se presentaron de nuevo en el palacio. Por lo mal que se sentía, y por el resentimiento que tenía contra ellos, el Faraón ni siquiera quería verlos. Sin embargo, accedió a recibirlos por la gran curiosidad que tenía en cuanto a lo que iban a decirle.

“Estamos aquí para informarte que nuestro Dios quiere que dejes a su pueblo en libertad”, manifestó Aarón, y Moisés asintió. “Nuestro Dios, hasta ahora, te ha perdonado la vida, solamente porque quiere que puedas presenciar la más terrible de las plagas que, como castigo, El está a punto de desencadenar sobre Egipto. Si no dejas salir a los israelitas inmediatamente, una fuerte granizada caerá sobre la Tierra. Será algo tan terrible, que matará a incontables hombres y animales” (Exodo 9:19).

Adolorido por sus llagas, a pesar de estar sentado en una silla bien acojina-

da, el Faraón se movió nerviosamente, mirando con impaciencia a los dos israelitas.

“Las granizadas, en esta región de Egipto, son muy poco usuales”, les dijo. “Sin embargo, reconozco que he visto algunas en lo que llevo de vida. Me acuerdo de haber visto caer diminutas partículas de hielo, pero no le hacían daño a nadie. Si la próxima plaga que va a desencadenar el Dios de ustedes es solamente una granizada, no creo que tenga nada que temer. No dejaré a los israelitas salir de Egipto”.

Habiendo escuchado la respuesta del Faraón, Moisés y Aarón se dieron cuenta de que le habían advertido en vano. Sin embargo, ya había muchos en la corte que habían aprendido a respetar el poder del Dios de Israel. Estos cortesanos avisaron a sus amigos de lo que estaba a punto de ocurrir. La noticia se extendió entre los egipcios, muchos de los cuales trajeron a su ganado de los campos y lo encerraron en graneros, cobertizos o en las mismas casas, para que así la granizada anunciada no pudiera causarle daño.

Granizo y rayos. Cumpliendo poco después órdenes de Dios, Moisés apuntó hacia el firmamento con su vara de



El fuego del cielo quemaba todo aquello que tocaba.

pastor. Ya el cielo se había oscurecido con un manto de amenazadoras nubes. La mera presencia de nubes tan densas en el cielo soleado de Egipto, era un espectáculo bastante raro. Pero ahora las nubes comenzaron a bullir y agitarse, como agujoneadas por saetas de viento. Los relámpagos se filtraban a través de ellas. A los egipcios que miraban asustados hacia lo alto, les parecía que millares de gigantescas antorchas flamantes iluminaban el cielo más allá de la oscilante capa de densos vapores.

A continuación vino el tremendo ruido de truenos. Todos los egipcios se daban cuenta de que algo muy extraño estaba ocurriendo por encima de las densas nubes, y que de alguna cosa espantosa estaba a punto de suceder. Atemorizados, los que estaban en los campos, al aire libre, rápidamente empezaron a buscar algún techo u otro lugar donde refugiarse.

Cuando los primeros rayos salieron disparados de las nubes densas y bajas, los adoloridos egipcios se llenaron de pánico. Muchos de ellos, que antes habían adorado a los ídolos, empezaron a perder la fe en sus pequeños dioses, sintiendo cada vez más temor hacia el Dios de Israel.

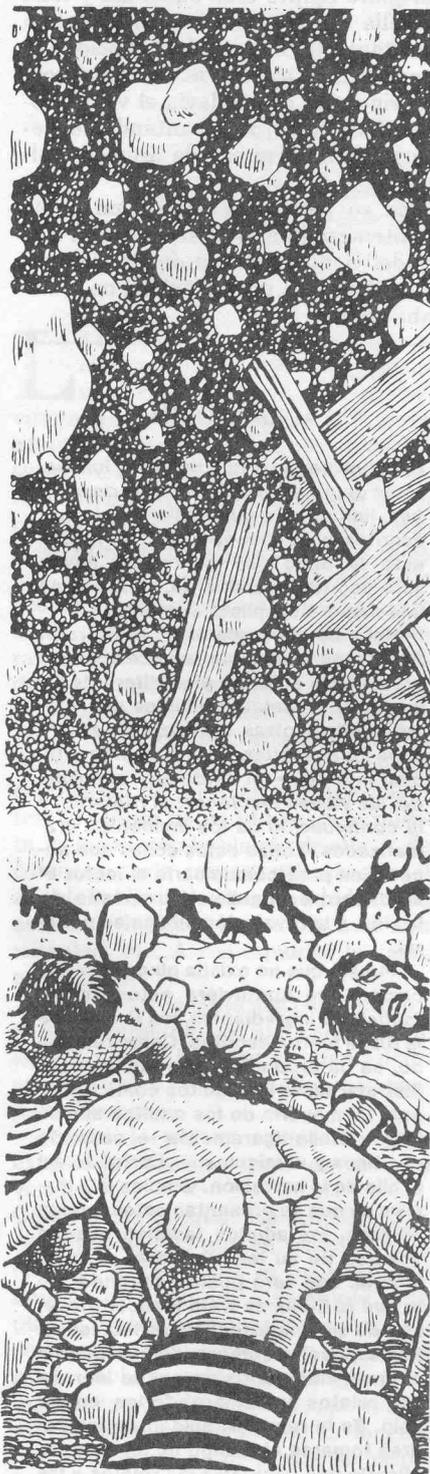
Desde el refugio de su palacio, el Faraón miraba aquel despliegue de poder del Dios al cual él había estado desafiando. El Eterno hizo tronar y granizar, y el fuego se descargó sobre la tierra de Egipto. El fuego mezclado con el granizo quemaba todo aquello que tocaba. Muchos egipcios fueron heridos por esta plaga de granizo, los cuales gritaban en terrible agonía al quemarse sus cuerpos. El ganado, los árboles y arbustos, las cosechas, los edificios, y hasta las rocas, se ennegrecieron bajo el impacto de aquel fuego eléctrico que caía de los cielos.

Al mismo tiempo, enormes piedras de granizo comenzaron a desprenderse de las nubes. Toda persona o animal alcanzado por una de aquellas piedras era horriblemente aplastado. Inclusive hubo edificios que se desplomaron bajo el gran peso de aquellas piedras, aplastando a hombres y animales que se habían refugiado en ellos.

Sin embargo, en la región de Gosén, donde los israelitas vivían, no hubo ni rayos ni granizo. Después de varias horas de terrible angustia, el Faraón se apartó tembloroso de la ventana desde la cual contemplaba el terrible espectáculo, y se enfrentó al pequeño grupo de funcionarios egipcios, cuyos rostros estaban tan pálidos como el suyo.

Los funcionarios miraron silenciosamente al Faraón, como culpándolo por lo que ocurría. Las miradas acusado-

ras, los enormes granizos que golpeaban contra los techos de los edificios, y los gritos de pavor que lanzaba el pueblo, preso de pánico, fueron demasiado para la terquedad del Faraón, que había querido retener a los israelitas como esclavos en Egipto.



Enormes piedras de granizo cayeron del cielo, aplastando a hombres y animales.

“¡Manden a buscar a Moisés y a Aarón!”, les gritó el Faraón. “Den al mensajero un escudo para que se proteja de los granizos, pero manden a alguien inmediatamente”.

Dios debe haber protegido al mensajero, y también a Moisés y Aarón, quienes llegaron sin contratiempo al palacio. Al verlos llegar, el Faraón se adelantó a recibirlos.

El Faraón cede. “Admito que he actuado mal”, les dijo. “Hasta ahora, no pude creer que el Dios de ustedes es el único Dios. Ahora me doy cuenta de que El ha enviado estas terribles plagas contra mi tierra, porque yo y mis súbditos hemos pecado contra El. Ya hemos tenido suficiente castigo. Pídanle ahora a Dios que detenga esta horrible lluvia de granizo. Yo prometo que dejaré a los israelitas salir de Egipto”.

Era difícil creer estas palabras, ya que venían de alguien que, pocas horas antes, había desafiado soberbiamente a Dios. Pero Moisés y Aarón se sintieron alentados, al ver que este hombre, de rango tan elevado, admitía estas cosas delante de ellos y de los pocos egipcios que, con caras preocupadas, también se encontraban presentes.

“Nos iremos ahora mismo”, dijo Aarón, “y pediremos a nuestro Dios que detenga la tormenta. Cuando veas que ha cesado, dale gracias a Dios por haberte perdonado la vida. Si no se lo agradeces, lo más probable es que no vas a tener nuevas oportunidades para arrepentirte más tarde”.

Moisés y Aarón salieron del palacio y, sin el menor temor, caminaron bajo la lluvia de granizos hasta un lugar en las afueras de la ciudad. Entonces Moisés alzó los brazos hacia el cielo, y pidió a Dios que detuviera aquella horrible séptima plaga.

Poco a poco, la granizada fue amainando. Los truenos y relámpagos comenzaron a cesar. En poco rato, el firmamento quedó silencioso y se disiparon las espesas nubes.

Por todo el país, los egipcios empezaron a aventurarse a salir de sus refugios para examinar los grandes daños que había dejado esta última plaga. Tuvieron que atender a hombres y animales heridos. Los muertos tuvieron que ser preparados para recibir sepultura. No había gran cosa que pudiera hacerse para salvar a los árboles frutales y a las cosechas dañadas por la tempestad. Los campos sembrados de trigo y centeno fueron los que mejor escaparon la granizada y la tormenta eléctrica, ya que, en aquella época del año, muchos cereales todavía no habían brotado del suelo (vs. 32).

Todavía estaba la nación recuperán-

dose del gran daño sufrido, cuando el Faraón comenzó a lamentar su promesa de dar libertad a los israelitas. El Faraón nunca había perdido su deseo de convertir a las ciudades egipcias en extraordinarias maravillas, más admirables aun que la antigua Babilonia. Y él sabía que, sin la tremenda ayuda de las cuadrillas de obreros y esclavos israelitas, su ambición nunca pasaría de ser un sueño incumplido.

Por espacio de varias horas, el Faraón reconsideró la situación. Mientras más reflexionaba, más se convencía de que sus ambiciones eran más importantes que todo lo demás, incluyendo la vida de israelitas y egipcios por igual.

El Faraón altera su decisión. A fin de cuentas, el Faraón se resolvió a llamar a un mensajero. Poco después, Moisés recibió este mensaje:

“Por ser yo la persona de más alto rango en la gran nación egipcia, nuevamente me reservo el derecho y el privilegio de romper un acuerdo que fue concertado en unos momentos de la más terrible presión física y mental. Eliminadas esas presiones, con mi mente ya aclarada, por el presente cancelo mi promesa de permitir a los israelitas que abandonen Egipto”.

Moisés no se sorprendió mucho al recibir el mensaje. La experiencia le había enseñado que no se podía confiar en la palabra del Faraón. Pero sí se sintió sumamente decepcionado, ya que él había estado orando para que la séptima plaga, por fin, quebrantara la terquedad del Faraón.

Pero ahora Dios volvió a hablarle a Moisés, y le explicó que El deliberadamente había endurecido el corazón de Faraón.

“Lo he hecho así”, dijo Dios, “porque deseo hacer nuevas demostraciones de mi poder a través de otras señales y plagas. Tú te encargarás de narrar esos prodigios a las futuras generaciones de Israel, para que los israelitas del mañana comprendan claramente el alcance de mi poder, y se den cuenta de que yo soy el Creador y el Legislador”.

A continuación, Dios le explicó a Moisés lo que tendría que hacer y decir. A estas alturas, ya Moisés había aprendido a obedecer sin la menor discusión. Por consiguiente, poco tiempo después, él y Aarón volvieron a presentarse ante la corte del Faraón.

“Si han venido a discutir conmigo, por haber yo rehusado el permiso para que los israelitas salgan de Egipto,” les dijo el Faraón, “están perdiendo el tiempo. No tengo el menor propósito de cambiar mi decisión”.

“Nuestro Dios no va a suplicarte

nada”, le contestó Aarón. “El es un Dios de acciones, no de meras palabras. Si no quieres cambiar tu decisión, mañana a esta hora, El se encargará de castigarte rigurosamente.

“¿Qué debo esperar esta vez?”, preguntó el Faraón, con voz que denotaba aburrimiento, aunque secretamente sentía temor por lo que podría pasar.

“Millones y millones de langostas invadirán la tierra egipcia”, le respondió Aarón. Habrá tantas, que el suelo quedará cubierto por ellas y no se podrá ver. Estas langostas devorarán todos los arbustos y plantas que no fueron destruidos por la última plaga. Pe-



Moisés y Aarón volvieron al palacio del Faraón.

netrarán en las casas y los edificios de los egipcios. Será la peor plaga de langostas que jamás se haya visto sobre la faz de la Tierra”.

Y, sin esperar respuesta del Faraón, Moisés y Aarón dieron media vuelta y salieron del palacio. Inmediatamente, los consejeros y cortesanos del Faraón comenzaron a protestar.

“¿Hasta cuándo tendremos que sufrir estas horribles plagas?”, preguntó uno de los consejeros, adelantándose audazmente hacia el Faraón.

“Mis extensos terrenos quedarán baldíos”, se quejó otro amargamente.

“¿No te das cuenta, Faraón, de que nuestra nación ya está arruinada?”, interpeló un tercero.

“¡No podremos resistir una nueva plaga!”, gritó otro. “Dejemos que los israelitas se marchen y adoren a su Dios. Estaremos mucho mejor sin ellos”.

“¡Silencio!”, gritó el Faraón, alzando dramáticamente los brazos y mirando amenazadoramente a los que estaban frente a él. Todos se calmaron y, reverentemente, retrocedieron unos pasos, dispuestos a oír lo que el Faraón tenía que decirles.

“Ustedes son demasiado impacientes en sus decisiones”, les recriminó el Faraón. “Empecemos por averiguar qué israelitas son los que están obligados a irse para adorar a su Dios. Quizá no sean todos ellos. Tal vez podamos darles permiso de salida a las mujeres, los niños y los ancianos, y retener aquí a los hombres más jóvenes y fuertes para que continúen trabajando”.

Inmediatamente se dejó oír un murmullo de aprobación por parte de los cortesanos.

“Llamen otra vez a los dos israelitas”, ordenó el Faraón. Dos guardias salieron rápidamente a cumplir la orden. Minutos después, Moisés y Aarón comparecían de nuevo en la corte.

“Ustedes se marcharon con demasiada rapidez”, les dijo el Faraón. “Yo no les dije que no dejaría salir a los israelitas. Todo depende de cuántos son los que deben irse”.

“Todos deben irse”, contestó Aarón. “Ninguno debe quedarse aquí. Nuestros rebaños y nuestros ganados deben irse también”.

La respuesta de Aarón enfureció al Faraón, que miró amenazadoramente a los dos israelitas.

“¡Pues váyanse!” gritó el Faraón, agitando los brazos. “Váyanse, y pasarán tanto trabajo en el desierto que ustedes mismos se arrepentirán de haber salido de Egipto”.

El Faraón hizo una señal a sus guardias, los cuales se acercaron y agarran-

do a Moisés y a Aarón, los echaron del palacio.

Cuando estuvieron en la calle, Moisés alzó hacia el cielo su vara de pastor, y pidió a Dios que hiriera a Egipto con una plaga de langostas. Inmediatamente el Eterno trajo un viento oriental sobre Egipto todo aquel día y toda aquella noche. Los vientos soplaban con tanta fuerza que los egipcios comenzaron a alarmarse. Al amanecer del siguiente día, todavía el viento soplaban con violencia, levantando del desierto grandes nubes de arena y polvo.

En su palacio el Faraón no podía mantenerse quieto en su lecho. El ruido del viento, como profetizándole alguna desgracia muy próxima, no lo dejaba dormir. □

ACLARACION

Estamos seguros que ustedes, los lectores de esta serie de *Relatos de la Biblia*, han notado que decimos que son escritos para jóvenes de 5 a 105. A esto se debe que los relatos hayan sido escritos claramente, pero no de una manera simplista e infantil.

Hace 20 años que el Sr. Herbert W. Armstrong reconoció la necesidad de presentarle al lector algo diferente de los libros de relatos bíblicos que suelen publicar otras organizaciones. Dichos libros omiten — con su presentación infantil — el verdadero significado, las vitales lecciones, el realismo, y la continuación de los incidentes dramatizados. Todas estas cosas son necesarias para comunicarle al lector el verdadero evangelio, el propósito de la vida, y la revelación bíblica en general.

Puesto que no existía ninguna publicación que contuviera estos importantísimos ingredientes, los *Relatos de la Biblia* fueron escritos. Como resultado, se ha producido algo que pueden disfrutar tanto los adultos como los niños. La mayoría de los adultos suelen leer la Biblia ligeramente — saltando capítulos y versículos — cortando así el hilo de la narración. Gracias a la manera en que se presentan estos relatos bíblicos, los adultos también pueden gozarse de su lectura clara, pero no infantil. Les será posible aprender de lo que la Biblia se trata y sacar provecho de sus importantísimas lecciones. Por supuesto, comprendemos que un niño de cinco años no puede leer estos relatos y comprenderlos por sí solo. Es la responsabilidad de los padres tomarse el tiempo de leerle y explicarle con paciencia los relatos y las lecciones que se deben aprender.

Los capítulos de los *Relatos de la Biblia*, pues, verdaderamente han sido escritos para jóvenes de 5 a 105 años de edad. □

¡Usted puede dominar su lengua!

¿En alguna ocasión ha dicho usted algo para después lamentarlo? ¿Acaso su LENGUA le está metiendo en constantes problemas? ¡Necesita darse cuenta de lo que en realidad es la lengua y de lo que usted PUEDE HACER PARA DOMINARLA!

por Colin Adair

LA SEÑORA de la casa de al lado recientemente se había mudado a una vecindad mejor y decidió invitar a todos sus viejos amigos y vecinos a una tertulia para celebrar el estreno de su nueva casa. Mientras que los convidados hablaban, sonó el timbre de la puerta y la anfitriona salió de la habitación. Al regresar, anunció que les tenía una pequeña sorpresa. Mientras ella acudió a la puerta, se tomó la libertad de dejar una grabadora funcionando, y ahora, con el fin de pasar un rato entretenido, iba a tocar lo grabado.

Sin embargo, los convidados no parecían divertirse en lo absoluto. Al contrario, se sonrojaron e inquietamente cambiaban de posición, ya que mientras la señora había ido hasta la puerta, se lo pasaron hablando de ella — de como se creía importantísima por el simple hecho de haberse mudado a una casa más lujosa y ascendido a la alta sociedad, etc. A sus espaldas la “desprestigiaron”.

Al exponer la cinta sus comentarios, se levantaron uno por uno y salieron de aquella casa. Se sentían demasiado avergonzados para escuchar sus propios chismes.

¿Acaso le parece este relato algo exagerado? Quizás, ¡pero es un caso verídico!

Cómo es la lengua. En Santiago 3:6-10 se nos dice lo que en realidad es la lengua: “Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno . . . pero NINGUN HOMBRE PUEDE DOMAR la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecemos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y mal-

dición. Hermanos míos, *esto no debe ser así*”.

¿Por qué escribió Santiago que ningún hombre puede domar la lengua? Sencillamente porque es el instrumento del cual se vale la mente para hablar. ¡Y de sí misma, *sin dominio alguno*, la mente o el corazón del hombre es capaz de producir mucha perversidad! (Jeremías 17:9). Tal y como dijo Cristo: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios . . . las maldades, el engaño . . . la maledicencia. . . Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Marcos 7:21-23).

Examinemos algunos de los malos frutos que la lengua puede y a menudo produce, y lo que podemos hacer para cambiar.

El chisme. El chisme es quizás la falta más común que procede de la lengua. Parece agradarle a algunas gentes repetir algo muy personal que han oído acerca de otra persona. Si usted escucha algo referente a los problemas de otro miembro de la Iglesia, no se ponga a divulgarlo por toda la congregación. Tome en cuenta que lo apropiado sería orar por esa persona — ¡no trate de ver a cuantas personas puede decírselo! “El que *cubre* la falta busca amistad; mas el que la divulga, aparta al amigo” (Proverbios 17:9).

Aquellas personas que se deleitan en darle rienda suelta a la lengua en esta forma, lo hacen por *vanidad*. Quieren recibir la “gloria” de ser la persona que tiene un “conocimiento” secreto.

Rumores. Divulgar rumores es otro problema muy común. Nunca se debe repetir algo de lo que uno no esté cien por ciento seguro. A menudo, al hacerse un comentario, hay personas que acostumbran exagerar la realidad desproporcionadamente.

Juan 21:21-23 relata un ejemplo de un rumor que llegó a tales proporciones que fue difícil contenerlo. Se trata de la ocasión cuando Pedro le preguntó a Cristo qué sería de Juan. He aquí dicho relato: “Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú”.

¡Ahora fíjese en lo que después sucedió! “Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo *no moriría*. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?” (versículo 23). ¡Es obvio que algunos de los discípulos no habían oído claramente lo dicho por Jesús, y dentro de poco, ya se decía en otras regiones que el apóstol Juan viviría hasta la segunda venida de Cristo! ¡Y créalo o no, actualmente hay individuos que insisten en que Juan aún vive en alguna parte de la Tierra!

Al escribir el Evangelio que lleva su propio nombre, Juan mismo desmintió dicho rumor. Les dijo a todos la verdad — que Cristo dijo: “Si quiero que él quede . . .” (Juan 21:22). Y en realidad, Juan sí esperó hasta que Cristo “volviera” a él personalmente. Cristo se reveló a Juan cuando éste se encontraba en la isla de Patmos, y en visiones le hizo ciertas revelaciones, las cuales están registradas en el Apocalipsis. Pero, esta revelación de ninguna manera era el cumplimiento del falso rumor de que Juan no moriría.

Hermanos, sigan el ejemplo de Juan y *pongan fin* a todos los rumores. ¡ENTERENSE BIEN de todos los hechos antes de comentar a otros sobre *cualquier* caso!

Calumnias. Qué fácil es volverse contra alguien y acusarle. El problema de las calumnias es quizás el más difícil de vencer, ya que es necesario ofrecer la otra mejilla. Es la tendencia natural (y

carnal) de querer pagar con la misma moneda a las personas que supuestamente “le han hecho algún mal”, o decir cosas ofensivas de ellas a sus espaldas. Pero, son aquellos que *no* tengan esta actitud los que alcanzarán el Reino de Dios.

Fíjese en Salmos 15:1-3: “Eterno, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo [tomará parte en el gobierno de Dios]? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que *no calumnia* con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino”.

¿Cuenta usted con esta cualidad? El más extraordinario ejemplo de alguien que manifestó esta cualidad es el de Jesucristo mismo. Fue golpeado, ridiculizado, despreciado, burlado, escupido, blasfemado, escarnecido, y sin embargo no se volvió contra sus atormentadores. ¡Al contrario, le pidió a Dios que los *perdonara*! ¡*El ofreció la otra mejilla!*

¿Usa usted la lengua para calumniar? ¡A menos que sobreponga esta proclividad humana, no ocupará un puesto en el Reino de Dios!

Haciendo promesas precipitadas. En este día y época, se está haciendo cada vez más dificultoso encontrar una persona en la que se pueda confiar plenamente — alguien que fielmente cumpla su palabra. ¿Cuántas veces ha oído usted a alguien decir: “Confíe en mí, y me encargaré de que se haga lo que me pidió”, para después ver que se hace todo lo contrario? Salomón escribió: “Muchos hombres proclaman cada uno su propia bondad, pero hombre de verdad [en que se pueda confiar], ¿quién lo hallará?” (Proverbios 20:6). La persona que diga: “Confíe en mí”, está proclamando su propia bondad, ¿pero acaso cumple *siempre* su palabra? Una vez que haya dado su palabra — si le ha dicho o prometido a alguien que hará cierta cosa por él o ella, o si ha hecho una cita — entonces, haga lo posible por cumplir. ¡Esfuércese en HACERLO!

En Salmos 15:4 podemos notar qué clase de persona estará en el Reino de Dios. “. . . El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia”. Es decir, si usted le promete a un amigo (o a un enemigo) que lo ayudará con alguna tarea, o si les promete a sus niños que los llevará a alguna parte, no vaya a faltar a su palabra, aunque le cueste algún sacrificio personal. Una manera más actualizada en que dicho pasaje pudiera rendirse sería: “. . . el que promete algo, lo cumple aunque después le sea inconveniente hacerlo, o complique sus proyectos y planes.” Es que,

hermanos, Dios desea en su Reino a aquellos individuos en que pueda confiar implícitamente. Es durante esta vida actual cuando debemos desarrollar este atributo. Pero, ¿cuántas veces nuestra lengua nos mete en dificultades, al hacer promesas que no podemos cumplir? Nunca debemos prometer imprudentemente, pues así evitaremos meternos en situaciones dificultosas.

Hay personas que un momento de remordimiento hacen votos a Dios, pero si se hubieran tomado el tiempo para pensar en su acto, se habrían dado cuenta que eran incapaces de cumplirlos. Aunque una promesa no es un voto, el principio que encontramos en Eclesiastés 5:4-6 sin duda puede aplicarse en esta cuestión de prometer lo que usted no piensa o puede cumplir. Leamos dicho pasaje: “Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes”. En otras palabras, cuando haga una promesa, asegúrese de cumplirla, de lo contrario Dios lo considerará un necio. “Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas”. Es decir, mejor es *no hacer una promesa*, que hacerla para después no cumplirla.

Continuando en el quinto capítulo de Eclesiastés: “No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante del ángel, que fue ignorancia”. Más claramente, no permita que su lengua le dé la reputación de ser una persona indigna de confianza — no le diga después a quien le hizo la promesa que fue hecha descuidadamente. ¡Dios *se enojará* con las personas en que no se puede confiar — los desleales — y *no* los bendecirá, ni lo prosperará, a menos que se *arrepientan* y luchen por CUMPLIR CON LA PALABRA DADA!

Por lo tanto, ahora puede darse cuenta cómo Dios califica al hombre o a la mujer que hace grandes promesas y no las cumple. El mundo está lleno de personas así. No cumplir con la palabra dada es una de las debilidades de los humanos. ¡No permita que sea una de las suyas!

Dios detesta las mentiras. Una de las siete cosas que Dios aborrece es la lengua mentirosa (Proverbios 6:16-19). “Yo ya no miento”, dirá usted, pero si se pusiera a analizar lo que ha hecho en el transcurso de un día, ¿cuántas cosas que no son totalmente ciertas descubriría que ha dicho? Sea por costumbre o porque la mente natural (carnal) es engañosa, es posible que en ocasiones sin darnos cuenta, no digamos exactamente lo que sería lo más correcto.

Es posible que a lo largo del día, use-

mos la lengua desacertadamente; por consiguiente, es preciso que nos demos cuenta de lo que decimos. Procure *siempre* decir la verdad. Antes de contestar una pregunta, deténgase y piense. Estese seguro de que va a decir la verdad. ¿Significa esto que si su esposa compra un vestido nuevo y le pregunta si le gusta, que usted debe decirle: “Es el vestido más extraño y ridículo que jamás he visto”? ¡Naturalmente que no! Usted puede ser honesto y a la misma vez prudente. Si no le gusta, dígame que no todos tenemos el mismo gusto, y que el hecho que a usted personalmente no le guste, no quiere decir que no es bonito o que a otra persona no le vaya a agradar. De esta manera usted dirá la verdad prudentemente y con tacto.

Hablando mal de los dignatarios. Parece que es una tendencia humana hablar contra los que se encuentran en puestos de autoridad. Recuerde lo que le sucedió a María y a Aarón cuando se rebelaron contra Moisés al creer *ellos* que él estaba equivocado. Dios les dijo: “Cara a cara hablaré con él, y claramente, y no por figuras; y verá la apariencia del Eterno. ¿Por qué, pues, *no tuvisteis temor* de hablar contra mi siervo Moisés?” (Números 12:8).

No cabe duda que no debemos hablar contra aquellos que Dios ha escogido para ser líderes de su Iglesia. Sin embargo, ¿comprende usted que Dios también les ha concedido a los gobernantes de las naciones sus puestos de autoridad? Fíjese en lo que dice Romanos 13:1: “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas”. Por lo tanto es menester que respetemos el puesto ocupado por los líderes de las naciones y no hablar odiosamente de ellos, aunque *como Dios* detestemos sus perversas e injustas acciones. Dios dice que son *contumaces* los que no temen hablar mal de las potestades superiores (2 Pedro 2:10).

¿Sabe usted que ni los ángeles, los cuales se encuentran en un plano más elevado que el de los humanos, no se atreven hablar contra aquellos en autoridad (2 Pedro 2:11)? Note lo dicho en Judas 8-10, donde la Palabra de Dios pone de manifiesto la clase de personas que se rebelan contra los líderes, y hasta explica que el mismo arcángel Miguel no se atrevió a vituperar a Satanás:

“No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores. Pero cuando el arcángel Miguel contendía

con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda. Pero éstos blasfeman de cuantas cosas no conocen . . .". Pero hermanos, nosotros sí comprendemos, y por esta razón debemos luchar por domar nuestra lengua y no hablar contra los que están en puestos de autoridad.

Tiempo de callar. Usted quizás ha oído la expresión: "Las cosas deben hacerse siempre a su tiempo". Este dicho, aunque la mayoría de la gente no se da cuenta, procede de la Biblia. Se encuentra en Eclesiastés 3:1: "Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora".

Es cierto que todo tiene su tiempo. ¿Admite usted el hecho de que existen ocasiones cuando la lengua debe mantenerse quieta? El versículo 7 dice: "tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar". Los niños que son criados debidamente, pronto aprenden este principio. Comprenden que cuando los adultos están conversando, no deben interrumpirlos. Se les enseña que deben estar callados hasta que se les permita a hablar.

Pero, ¿qué de los adultos? ¿Saben cuándo su lengua debe estar quieta? Usted ha oído del proverbial "hablador", la persona que siempre está hablando — usualmente de sí mismo. Es la clase de hombre o mujer que la gente trata de evitar. El libro de Proverbios asemeja a cualquier individuo que sea así a un necio que siempre se está metiendo en dificultades porque no domina la lengua. Proverbios 29:11 revela: "El necio da rienda suelta a toda su ira, más el sabio al fin la sosiega".

¿Por qué ciertas personas suelen interrumpir las conversaciones de otros? ¿A qué se debe su insistencia de captar constantemente la atención de los demás con sus "palabras de sabiduría"? ¡La respuesta es VANIDAD! Les gusta escuchar su propia voz. Desean la atención de otros, y por lo tanto tratan de retenerla por medio de su irrefrenable lengua.

No me mal entienda, no estoy diciendo que todos debemos convertirnos en mudos, pero el caso es que son pocas las personas que parecen saber cuándo deben callarse. Absténgase de interrumpir; espere el momento oportuno para hablar. Entonces haga preguntas pertinentes o haga alguna contribución apropiada a la conversación. Siempre esfuércese por ser considerado y respetuoso.

¿Cómo debemos hablar? Cuando usted logre comprender en cuantos pro-

blemas su lengua puede meterlo, quizás decida no decir nada para no causarse dificultades. Pero ésta no es la solución. Todas estas amonestaciones bíblicas no deben ser tomadas de tal modo que tendrá temor hasta de abrir la boca. Al contrario, deben ser aceptadas como enseñanzas y consejos sabios, instruyéndole como usar la lengua apropiada y eficazmente. No es la voluntad de Dios que vivamos atemorizados de abrir la boca, pero sí es su voluntad que aprendamos cómo hablar con discreción, sabiduría y consideración hacia los demás.

Dios nos dice cómo debe ser la lengua de los justos: "*Plata escogida* es la lengua del justo. . . . Los labios del justo apacientan a muchos. . ." (Proverbios 10:20-21). En otras palabras, su hablar debe ser refinado, eliminando toda la escoria de la calumnia, la amargura, la envidia, el chisme, las habladurías, la deslealtad, etc., para que sus palabras sean como la plata escogida. Fíjese también que se espera que usted use la lengua para bien — para apacientar a muchos. Por consiguiente, asegúrese de que su conversación es *constructiva*, no *destructiva*. Edifique, no destruya. Note las buenas cualidades de otros y *utilice* esta herramienta que Dios ha puesto a su disposición con el fin de edificar a otros.

Fíjese en Efesios 4:29: "Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena *para la necesaria edificación*, a fin de dar gracia a los oyentes". Use la lengua como un instrumento de rectitud y justicia para el beneficio de los demás.

Es preciso tener sabiduría para saber cómo y qué decir de tal manera que el resultado siempre sea positivo. "Los labios del justo *saben* hablar lo que agrada. . ." (Proverbios 10:32). Mientras más obedezca y se conforme a la mismísima mente de Jesucristo, mucho mejor podrá distinguir lo que es lo apropiado. Pregúntese, "¿Cómo lo diría Cristo?" O, "¿Qué respuesta daría El?"

La lengua — un don precioso de Dios. Existen muchos principios en la Biblia relativos a la lengua. Por ejemplo, Proverbios 15:1 dice: "La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor". ¡Cuán a menudo debemos acordarnos de dichas palabras, especialmente cuando somos tentados a responder acalorada y enojadamente!

"La boca de los sabios esparce sabiduría", nos informa el versículo 7. ¿Acaso está basado en hechos lo que usted comenta — está bien enterado de lo que va a decir — o procede de su

boca necedad, vanidad y especulaciones sin sentido? El versículo 23 declara: "El hombre se alegra con la respuesta de su boca; y la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!"

¡El uso correcto de su lengua llenará su vida con más gozo y felicidad, ya que esto le ayudará a evitar el sufrimiento y la angustia que resultan de las palabras irrefrenables e indisciplinadas! ¡Cuando usted aprenda a dar una respuesta constructiva al tiempo apropiado, entonces podrá enseñar, ayudar e inspirar a los demás mucho más eficazmente! Piense en ello. Dios dice en el libro de Malaquías acerca de aquellos que lo complacen: "Entonces los que temían al Eterno hablaron cada uno a su compañero; y el Eterno escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen al Eterno, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho el Eterno de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve" (Malaquías 3:16-17).

Considere lo siguiente. Si en realidad adoramos y tememos a Dios, entonces debemos hablar a menudo unos con los otros sobre aquello que inspire, aliente y consuele. No debemos despreciar tan importante oportunidad. Sin embargo, nuestras palabras no deben estar cargadas de chismes, calumnias, quejas, falta de respeto, malicia, egocentrismo o vanidad.

¿Cómo podemos dominar la lengua apropiadamente? ¿Cuál es la clave para controlar la boca?

La clave es una mente cambiada. Ningún humano puede por su propia cuenta domar plenamente su irrefrenable lengua (Santiago 3:6-10). No se trata de algo que puede hacer por sí mismo. ¡Se requiere una MENTE CAMBIADA! Así es que la única solución es recurrir a la ayuda de Dios. Pídale que lo ayude, llenándole la mente con más de su Espíritu Santo. También estudie su Palabra diligentemente con el fin de aprender más acerca de su carácter. Con la ayuda del Espíritu Santo de Dios y su propio dedicado esfuerzo, la lengua suya se convertirá en un instrumento de bien. Producirá la rectitud y la justicia porque manifestará los pensamientos de una *mente cambiada*. Este es el único modo de domar y controlar la lengua — el miembro más indomable del cuerpo humano.

Por lo tanto, confíe en Dios, quien puede concederle la ayuda necesaria para dominar su lengua, y ore como David: "Pon guarda a mi boca, o Eterno; guarda la puerta de mis labios" (Salmos 141:3). □

SANIDAD DIVINA

(Viene de la página 5)

¿Se contradicen las Escrituras? Dios generalmente no revela toda la verdad concerniente a un tema determinado en un único pasaje bíblico. “¿A quién se enseñará ciencia, o a quién se hará entender doctrina? . . . Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá . . .” (Isaías 28:9-10). Para entender cualquier tema general tratado en la Biblia, es necesario revisar *todos* los pasajes de la Escritura que con dicha cuestión se relacionan. Y no podemos insertar el significado que vaya de acuerdo con nuestra creencia personal en ningún pasaje, pues “ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada” (2 Pedro 1:20). Cada pasaje tiene que ser entendido en el contexto de otros fragmentos.

Por ejemplo, se acostumbra citar Romanos 3:20: “. . . ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de El.” Y, con base en este pasaje, hay muchos que afirman que la salvación proviene sólo de la fe, en desobediencia a la ley de Dios. Los que interpretan en tal manera el citado pasaje, nunca se acuerdan de decirnos que, en Romanos 2:13, el mismo Pablo escribió: “. . . porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados”.

¿Acaso hay en ello alguna contradicción? Si la intención del primer fragmento citado hubiera sido revelarnos que podíamos ser justificados y salvos sin necesidad de hacer el menor esfuerzo por cumplir la ley divina, entonces sí habría una patente contradicción. En tal caso, si admitimos que la Biblia contiene semejante contradicción, no tendríamos base alguna para apoyar nuestra fe.

Pero no hay tales contradicciones. También leemos en Efesios 2:8-9: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. Los que citan este pasaje para apoyar su tesis de que las obras no son necesarias para la salvación, se olvidan de que ese mismo texto añade a continuación: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (vs. 10).

Y en la Biblia también leemos: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene

obras? ¿Podrá la fe salvarle? . . . Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma . . . yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?” (Santiago 2:14-20).

¡No hay allí contradicción alguna!

Al contrario, si estudiamos todos los fragmentos bíblicos relacionados con la fe salvadora, nos damos cuenta de que hay dos clases de fe. Y la fe en la que muchos confían tan ciegamente no es más que una fe muerta. ¡Y la fe muerta jamás logrará salvar a alguien! Repitamos el fragmento de Santiago que acabamos de ver: “La fe sin obras es muerta”.

Y continúa el mismo apóstol: “¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? . . . Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe” (2:21-24).

¿Por qué es necesaria la salvación? ¿Por qué estamos los hombres necesitados de la salvación? ¿Porque pecamos, y la paga del pecado es la muerte!

Pero, ¿cómo es que hemos pecado nosotros? A fin de cuentas, ¿qué es el pecado? Dios nos lo dice: el pecado no es más que la transgresión de su ley (1 Juan 3:4).

“Sí”, responden las víctimas de las modernas fábulas, “pero hoy no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia”. Dejemos que Pablo sea quien les responda: “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera” (Romanos 6:15). Y nos ha dicho antes: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (vs. 1-2).

La ley establece una sanción, y esa sanción es la muerte. La ley exige la muerte del transgresor. La ley tiene la fuerza necesaria para privar de la vida al transgresor. La ley es más poderosa que el que la quebranta. Es el pecador el que está bajo la ley. Pero, cuando el pecador se arrepiente de sus transgresiones y acepta el sacrificio de Cristo, como pago de la sanción impuesta en la ley, entonces el pecador, bajo la gracia, es perdonado. La ley ya no continúa exigiendo su vida. Los que siguen pecando, en cambio, sí continúan estando bajo la ley. Aquellos que — a través del arrepentimiento, la obediencia y la fe — se apartan de sus transgresiones

y, mediante la fe, observan la ley, son los únicos que están bajo la gracia.

El espejo espiritual de Dios. Trate-mos de entender mejor las cosas. “Por las obras de la ley, ningún ser humano será justificado delante de él . . .” (Romanos 3:20). Ese fragmento es íntegramente verdadero, y no implica ninguna contradicción. ¡No podemos ser justificados por las obras de la ley!

¿Por qué? La segunda mitad de ese mismo versículo nos da la respuesta: “. . . porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”.

El propósito de la ley no es perdonar, justificar, purificar ni limpiar. ¡Sólo la sangre de Cristo puede hacer tales cosas! El propósito de la ley es definirnos lo que el pecado es y revelarlo, de modo que podamos apartarnos de él.

A las mujeres, especialmente, debería resultarles muy fácil comprender esto. En todo bolso de mujer, hay un pequeño espejo. Su dueña sabe para qué sirve. Cada cierto tiempo, ella saca su espejo de la cartera, para examinarse el rostro. Y al mirarse, quizá descubre que se le ha ensuciado un poco la cara. Pero ella sabe que el uso del espejo no es lo que se la limpia. ¿Y acaso las mujeres desechan sus espejos porque éstos no pueden limpiarles el rostro? ¡Desde luego que no! Aplicada a este ejemplo material, la pregunta peca de tonta, ¿verdad? Todos sabemos que la función del espejo se limita a señalar-nos la suciedad, no a limpiarla.

La ley de Dios es como un espejo espiritual. Gracias a ella, podemos descubrir la suciedad que pueda haber en nuestros corazones. Pero, contemplando la ley o guardándola, nuestros corazones no quedan automáticamente limpios. Sólo la sangre de Cristo puede limpiarlos. Por la ley, conocemos el pecado, pero no quedamos limpios. Veamos cómo lo explica el apóstol Santiago:

“Pero sed hacedores de la palabra, no solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:22-25).

La fe establece la ley. “Pero”, arguye el engañador que no quiere obedecer la ley, “ningún hombre puede observar los mandamientos. No es humanamente posible. Desde que la fe ha llegado a nosotros, no hay que observar la ley. La fe la ha anulado.” Por lo tanto “el

mismo Satanás se disfraza como ángel de luz, así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia... Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo" (2 Corintios 11:13-15).

Surge entonces la pregunta: "¿Invalidamos la ley a través de la fe?". Y la respuesta nos la da la Escritura: "En ninguna manera, sino que confirmamos la ley" (Romanos 3:31).

¡Sí, la fe confirma la ley! Observando la ley, la fe se perfecciona. Pero queda en pie la otra pregunta: ¿podemos realmente guardar los mandamientos? ¿Es posible? Los engañadores inspirados por Satanás nos dicen que no. Pero, ¿cuál es la pura verdad acerca de esto?

Un hombre fue a Jesús y le preguntó qué debería hacer para salvarse, y Cristo le respondió: "... si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos" (Mateo 19:17). Y los discípulos de Jesús, "oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible, mas para Dios todo es posible" (vs. 25-26).

¡Esa es la respuesta dada por el propio Cristo! A los hombres, por sí solos, les es totalmente imposible observar los mandamientos de la ley de Dios. Pero — y ésta es la bienaventurada verdad — con Dios, todo es posible, inclusive observar los mandamientos. ¿Comienza usted a darse cuenta de las cosas? Lo que se necesita es fe en el poder de Dios. Igual que nuestro propio esfuerzo diligente, sincronizado con la fe, hace a la fe perfecta, así la fe, unida a nuestros esfuerzos, logra la perfecta obediencia. Ambas cosas van unidas. No es posible tener una sin la otra.

Una fe viva, la única fe que salva, es una fe activa, una fe que confía en Dios, posibilitando así que el hombre le obedezca, guarde sus mandamientos y lleve una vida verdaderamente cristiana.

¡Pensemos un poco! ¿Puede Dios ordenarles a los hombres que hagan lo imposible? ¿O podemos imaginarnos a Cristo como un joven "sabelotodo", que, creyéndose más listo que su padre, hace a un lado las órdenes de éste? Absurdo, ¿verdad? Sin embargo, eso parece ser lo que mucha gente hoy piensa.

La ley es eterna. La ley de Dios no es un horrible monstruo. Las leyes justas sólo aterran a los criminales. Son leyes hechas para *proteger* al hombre justo y honrado. La ley divina es perfecta (Salmos 19:7). Es una ley espiritual

(Romanos 7:14). Es una ley sagrada, justa y buena (Romanos 7:12). Todos los mandamientos de Dios son cosa segura y cierta, y rigen para siempre (Salmos 111:7-8). No crea a los hombres que afirman otra cosa.

La ley de Dios es, simplemente, el amor. Es un sistema de vida perfecto. Cada partícula de sufrimiento humano, infelicidad, miseria y muerte procede exclusivamente del quebrantamiento de esa ley. La misma fue promulgada para la felicidad del hombre y encierra una filosofía que es la única capaz de producir esa felicidad. Es una ley que procede de un Dios de amor, y el amor es la plenitud de la ley (Romanos 13:10).

Pero no se trata de nuestro amor propio natural. Se requiere que el amor de Dios sea derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5). Dios tiene — y nos da — el amor que nos permite cumplir su ley. Y al que diga lo contrario, la Palabra de Dios claramente dice que tal individuo es un mentiroso (2 Juan 2:4).

La fe es necesaria para la obediencia. El hombre que de veras guarda los mandamientos debe confiar en Dios para que esa obediencia sea posible. Y esta fe no anula la ley, sino que la confirma. Por tanto, al hombre se le hace posible, a través de la fe y del don del Espíritu Santo de Dios, a guardar sus mandamientos.

Un ejemplo emocionante de esta gran verdad se encuentra en el libro del profeta Daniel. Nabucodonosor, rey de Babilonia, había erigido una gran imagen de oro. "Y el pregonero anunciaba en alta voz: Mándase a vosotros, oh pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina... os postreís y adoréis la estatua de oro..." (Daniel 3:4-5). "Y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo" (vs. 6).

A cargo de los asuntos de la provincia de Babilonia, estaban los tres jóvenes judíos que eran amigos de Daniel: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Uno de los mandamientos de la ley espiritual y eterna de Dios, prohíbe la adoración de tales imágenes.

Si usted hubiera estado en el lugar de Daniel y sus amigos, ¿qué hubiera hecho? Probablemente hubiera razonado así: "Bueno, no tengo más remedio que postrarme ante esta imagen y adorarla. Si no lo hago, me matarán". Y posiblemente usted se hubiera excusado a sí mismo, diciéndose: "Creo que Dios sería muy injusto si fuera a castigarme por esto. El sabe que es algo que me obligan a hacer en contra de mi voluntad. Y, a fin de cuentas, El nos dijo

que también debíamos obedecer al poder temporal".

Es fácil emplear el razonamiento para excusar la desobediencia a la ley de Dios. Pero recordemos que Dios no anda a la caza de oportunidades para castigarnos. Al contrario, El busca oportunidades para salvarnos a través de la fe de la locura del pecado y de las tristes consecuencias que pueden acarrear nuestras propias acciones.

La ley divina fue promulgada para protegernos del sufrimiento. Cosecharemos aquello que sembramos. No es Dios el que nos castiga cuando obramos mal. Son nuestras propias acciones, que rebotan como un bumerang.

Pero estos tres jóvenes judíos conocían la verdad. Sabían que debemos obedecer a Dios antes que a los hombres, y sabían que esto es posible a través de la fe. Cuando firmemente rehusaron adorar la imagen, Nabucodonosor, lleno de ira, hizo que los trajeran a su presencia (vs. 13).

Veamos cuál fue la respuesta serena, confiada, exenta de temores, de estos tres jóvenes: "... nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiendo..." (vs. 17).

Dios prueba nuestra fe. Algunas veces, Dios prueba nuestra fe, y también probó la de aquellos jóvenes. Quizá usted piense que Dios les falló. Pero no es así. Dios solamente estaba sometiendo a prueba su fe.

"Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, y se demudó el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado. Y mandó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que atasen a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiendo. Entonces estos varones fueron atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiendo" (vs. 19-21).

"Y como la orden del rey era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquéllos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Y estos tres varones, Sadrac, Mesac y Aded-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo" (vs. 22-23).

Es decir, Dios permitió que sus fieles llegaran a ser arrojados al fuego. ¿Es acaso que no le importaba la suerte que corrieran aquellos que se esforzaban por seguir sus mandamientos y que tenían fe en El? ¡No, por supuesto que Dios no se desinteresó de la suerte de estos tres jóvenes!

Nabucodonosor se asomó al horno, y

dijo: "He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño, y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses" (vs. 25).

Viendo aquello, Nabucodonosor, asombrado, los llamó: "Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego... el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían. Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió a su ángel y libró a sus siervos que confiaron en El" (vs. 26-28).

Este es un ejemplo de fe activa, una fe que confió en Dios para hacer posible el cumplimiento de su ley. Sí, con Dios, es posible guardar sus mandamientos. No deje que ningún hombre le engañe, afirmando lo contrario.

Vana adoración. Cuando la Palabra de Dios nos dice "Creed en el Señor Jesucristo, y seréis salvos" (Hechos 16:31), Dios no nos está hablando de la fe muerta, que es la que comunmente se enseña. Las enseñanzas populares de hoy distorsionan el verdadero significado de la fe, reduciendo ésta a una creencia en los hechos relativos a la

existencia de Cristo. Tal parece que basta aceptar a Cristo y a los hechos de su vida, pero que no hay necesidad alguna de obedecer sus leyes. Sin embargo, los demonios también creyeron y esa fe no les salvó.

Cristo fue el Mensajero del Nuevo Pacto, un Mensajero enviado por Dios. Y usted no puede creer en este divino Mensajero a menos que crea también en su mensaje y lo cumpla. "Si quieres entrar en la vida eterna", enseñó Cristo, "guarda los mandamientos" (Mateo 19:17).

"Arrepentíos", dijo Pedro, "y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38). Dios da Su Espíritu Santo sólo a aquellos que le obedecen (Hechos 5:32). Y su Espíritu es el amor que El nos da para cumplir su ley, y ese amor nos viene por la fe.

Cristo vino a salvarnos *de* nuestros pecados, no a salvarnos *en* el pecado. Cristo vino para rescatarnos de la esclavitud, la infelicidad y la miseria del pecado, no a liberarnos para pecar.

¿Es posible creer en Cristo y adorarlo, a la usanza de hoy, y no salvarse? El mismo Cristo enfáticamente nos dice que sí: "No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 7:21).

Y también: "Pues en vano me hon-

ran, enseñando como doctrina mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres..." (Marcos 7:7-8).

¡Ahí está la respuesta, dada por los mismos labios de Cristo! La fe muerta es una fe vana. Aquellos que confían en ella, y en los hombres y denominaciones religiosas que la enseñan, están perdidos. Mientras más pronto nos demos cuenta de ello, tanto mejor para nosotros.

El verdadero propósito de Dios. El propósito de Dios, dentro de su plan de salvación, de rescatar a los hombres del pecado, es el primer paso. Entonces la sangre de Cristo, al producirse nuestra aceptación y fe, nos limpia y purifica de nuestros pecados pasados. Y por la fe nos podremos mantener libres de pecado en el futuro. La justicia es un resultado de la fe. La justicia y la salvación nos son impartidas por Dios.

No es la ley lo que nos justifica, sino la sangre de Cristo. Pero esta justificación nos será concedida solamente si nos arrepentimos de nuestros pecados. Son sólo los hacedores de la ley los que serán justificados (Romanos 2:13). ¡Qué hermosa y clara es la verdad de Dios! □

(Continuará)

la mujer

(Viene de la página 9)

de ninguna manera han sido todos los que se pueden dar. El objeto en nombrarlos ha sido con el fin de ayudarles a aprender el principio de realizar todas sus responsabilidades de tal manera que resulte en el mayor provecho posible. Fíjese de la manera en que Salomón termina el capítulo 31 de Proverbios. "Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme al Eterno, ésa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus hechos" (versículos 30-31).

Cuidar del hogar y hacerlo un remanso de armonía y felicidad no son deberes que deben tomarse a la ligera. Si a ustedes las mujeres en el pasado les han parecido insignificativas sus responsabilidades físicas, emocionales y espirituales, ahora la meta de realizarlas conforme a la voluntad de Dios debe alentarlas a desempeñar su papel en la vida con aún más dedicación.

En conclusión. A través de la Biblia, Dios ha mostrado que está satisfecho

de haber creado a los humanos como varón y hembra. El no desea que desaparezcan las características propias de cada sexo. Debemos siempre recordar que tanto las mujeres como los hombres son seres humanos, y como tales son merecedoras de exactamente *el mismo* respeto y consideración. No importa a qué sexo pertenezcamos, pues todos somos hijos de Dios y hemos sido habilitados para heredar la misma promesa (Gálatas 3:28, 29).

Debido a que los tiempos y las situaciones cambian, Dios no espera que los cristianos se apeguen estrictamente a las costumbres y reglamentos de antiguas civilizaciones y sociedades, incluyendo el punto de vista sobre la mujer. Cristo jamás se empeñó en hacerlo. Tomando en cuenta la rapidez con que las costumbres cambian, quizás los hombres necesiten reevaluar cualquier punto de vista tradicional que tengan con el fin de ayudar a las mujeres a hacer más contribuciones a la sociedad. Todos nosotros como cristianos debemos reexaminar nuestras propias vidas, hábitos y prejuicios en esta cuestión y asegurarnos de que nuestras actitudes individuales hacia

la mujer sean semejantes a las de Cristo. □

INTERCAMBIO DE CORRESPONDENCIA

Esta sección de *El Comunicado* constituye un servicio especial para los miembros de la Iglesia de Dios Universal y personas genuinamente interesadas en llegar a ser miembros de la misma. Los anuncios aquí reproducidos se limitan estrictamente a solicitudes de intercambio de correspondencia. Si usted es una de las personas antes mencionadas y desea tener amigos epistolares, dirija su anuncio a nuestra dirección más cercana a su domicilio (vea la página 2).

Soy miembro de la Iglesia de Dios Universal y deseo intercambiar correspondencia con otros hermanos. María de Jesús Cendoya ■ Av. Cuauhtémoc Pte. 33 ■ Ayotla, México ■ México.